



INTENSIDAD Y ALTURA DE LA LITERATURA PERUANA

ITINERARIOS DE LECTURA PARA LA ESCUELA

Obras y recursos complementarios

CASA DE LA
LITERATURA
PERUANA

COLECCIÓN
ITINERARIOS
DE LECTURA

INDICE

RECURSOS

- ▶ Video sobre conversación literaria



NUDO I

OBRAS

- ▶ Achakumpita qamaqimpita
- ▶ El zorro y el ratón
- ▶ Me gritaron negra
- ▶ Tigre negro (Yawara suni)



RECURSOS

- ▶ Achakumpita qamaqimpita narrado por Francisca Machaca
- ▶ Me gritaron negra cantado por Victoria Santa Cruz
- ▶ Documental Negra y Mujer de Eugenio Barba
- ▶ Tigre negro narrado por Julia Ipushima



NUDO II

OBRAS

- ▶ Costumbres y vivencias del pueblo andino del Valle del Mantaro
- ▶ El encuentro de Cajamarca



NOTA

Darle click al ícono para ir a la página o enlace correspondiente.



AUDIOS



VIDEOS



FOTOS



TEXTOS



WEB

► 16 de noviembre de 1532 (de un gran alboroto que hubo entre indios y españoles)



► Acto III, cuadro primero: encuentro entre Cusi Cóyllur e Inca SÚMAC



RECURSOS

► Vista en 360° del mate burilado del maestro Seguil



► El maestro Sixto Seguil comenta sobre los mates burilados



► Los apus y sus animales de Jasanía Velázquez



► Confidencias de Juan Gonzalo Rose



► Ollantayraymi



NUDO III

OBRAS

► El viejo



► De cómo Rutsí salió de la selva



► Las chicas de la yogurtería



RECURSOS

► Hatun Willakuy. Versión abreviada del Informe final de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación.



► Entre el estigma y el silencio



NUDO IV _____

OBRAS

- Mi partida de Arequipa
- ¿Es el azar nuestra deidad?
- A Alfonso Barrantes Lingán
- Llegada a Lima



NUDO V _____

OBRAS

- El alma que sufrió de ser su cuerpo
- Papel
- Strip Tease



PASOS BÁSICOS PARA DESARROLLAR PROYECTOS DE APRENDIZAJE _____

RECURSOS

- Diagrama sobre la cadena productiva del libro
- Diagrama sobre las partes de un libro
- Video sobre los libros cartoneros
- Blogg del Museo escolar comunitario de Nivin, Áncash.
- Web del Museo comunitario de Supe
- Web del Museo Gabriela Mistral
- Web del Museo Thyssen Bornemisza
- Web del Centro de Arte 2 de Mayo





NUDO I

ACHAKUMPITA QAMAQIMPITA

Creación colectiva

Ma achakituwa pastu pastu pampanwa p'iyasiskatayna ma uta, ukaruxa jaqhatataynawa ma qamaqiwa, jakist'apxataynawa jiskt'ataynawa kunraki akana lurasktaxa jilata Riwu sasa, ukata sataynawa, nina juysuyuwa jutani sapxiwa, qhispiñatakiwa p'iyasktxa, nayatakisti janiti p'ist'awarapitasma nayaxa qhispinxa munarakitwa sataynawa qamaqixa, p'iyst'awarapimamawa sasinwa p'iysutaynaxa, ukaru jichhaxa mantxañani ukaru qhispxañani sasinwa mantxatayna qamaqixa, achakituxa ninasankhunakampi atapallunakampi, achakananakampi ch'apinakampiwa llupt'awataynaxa p'iyxa. Achakituxa ukatxa sarawxataynawa, qamaqixa uka manqhanwa utjasiskanaxa, mayuruxana, payuruxana, kimsuruxanawa, jalla ukatawa qamaqiruxa manq'atwa awtxataynaxa uñt'asiriwa mistsutaynaxa sintpunwa qhatirawxataynaxa ay chiqapunirakisa jichhaskataynawa nina juysuxa sasinwa kutirantawxataynawa, ukatwa utjaskana ma qhawqhurumpiwa, walpunwa manq'atxa awtxatana qamaqiruxa, may thuqsunitaynaxa qamaqixa ukatxa kuna nina juysyu kuna jani utjkataynati, atapallunaka, ninasankhunaka, achakananaka ukanakampi llupt'atakixataynawa siwa, ukatwa nayaruxa k'arxayituxa achakituxa kawkhitanpkachasa sara katxanipunijawa manq'atsa walpunwa awtituxa, saratayna ukatxa katjataynawa ma qalwa ukanxa nukjaskataynaxa achakituxa, qamaqixa aruntataynaxa jilata Riwu kunraki ukhamxa k'arxayistaxa janirakisa kuna juysusa utjkatayntixa, jichhwa juysuskanixa, nayaxa qalwa nukjasisktxa pachawa ch'amakt'anixa jiwasatakixa janiwa askikaniti, jumacha yanapt'askitata sintpunwa qarjitu sasinwa irpkatataynaxa, ukatxa qamaqixa ukanwa nukjaskarakinawa sipi, achakituxa sarawxarakitaynawa, qamaqiruxa qarxarakitaynawa, ukata antutataynawa qalxa. Ukata janiwa kuna qalasa qulumtawxataynatixa, ukataxa wali kulirasisna katxapunijawa sasinwa thaqiri saratayna qamaqixa, ukatwa achakituxa ma pujuwa uñaskataynaxa ukatawa jaqhatataynawa kunsa ukhama k'arxayista janirakisa kuna qalasa kunasa qulumtkitixa, jilata qamaqi kisuwa aka manqhana jalantataski janipuni apsuñjamakiti jumacha apst'asma sataynawa achakituxa qamaqiru, ukata maywa qamaqixa thuquntawataynaxa, qamaqixa jiw'axataynawa uka manqhanxa sasinwa tuk't'ayxixa akiri siwsawixa.

EL ZORRO Y EL RATÓN

Creación colectiva

Un ratoncito estaba construyendo su casa, haciendo un hueco en medio de muchas yerbas. El zorro se acercó y le dijo: “¿Y tú, qué es lo que estás haciendo, señor Diego?”. El ratón le respondió: “Yo estoy haciendo un hueco profundo, porque se acerca el juicio de fuego, arderemos todos”. Mientras el ratón seguía trabajando, el zorro, preocupado, le dijo: “Y para mí, ¿no podría hacerme un hueco similar? Yo también quiero ponerme a buen recaudo”. “Entonces, te haré un hueco para ti”, respondió el ratón, “para que ahí nos cobijemos y nos salvemos”. El zorro entró al hueco. Enseguida, el ratón lo tapó con muchas ortigas y cactus y se fue. Después, al zorro le dio hambre. Pasó un día, dos y tres y no pudo más. Al intentar salir, se dio con las espinas y se dijo: “Ah, en verdad es el juicio de fuego y aún continúa”. Y volvió al interior del hueco. Así es como se quedó unos dos días más. El zorro ya no pudo más con el hambre, gritaba y gritaba, y al no poder aguantar más el hambre, salió volando del hueco diciendo: “Qué importa lo que pase, me saldré a como dé lugar”. Comprobó que no hubo juicio de fuego ni nada y que el hueco había estado tapado con muchas espinas. Y se dijo: “Así que el ratoncito me engañó, iré a buscarlo ahora mismo, lo encontraré y pagaré por haberme hecho morir de hambre”. El zorro encontró al ratoncito apoyado en una roca. Le dijo: “Señor Diego, cómo me puede engañar de esa manera, no hay juicio de fuego”. “No. En serio, habrá juicio, por eso estoy sosteniendo esta roca que está a punto de caerse. Si se cae, el mundo quedará en tinieblas. Así que ayúdame a sostenerla, yo estoy cansado”, le dijo. El ratoncito consiguió que el zorro se quedara junto a la roca sosteniéndola. El ratoncito se fue enseguida. El zorro sostuvo la roca hasta cansarse, al soltarla, esta no se movía. El zorro se fue en busca del ratoncito. “Cómo es posible que el ratoncito me haya engañado otra vez. Lo encontraré, aunque sea lo último que haga”, decía. Al caminar, encontró al ratoncito cerca de un pozo de agua. Le dijo: “¿Por qué me engañaste de esa manera? La roca ni se movía”. “Mire, señor zorro, un queso cayó al fondo de este pozo. Yo no puedo sacarlo. Por favor, sáquelo usted”, le dijo el ratoncito. No era un queso, era el reflejo de la luna llena. Y el zorro, lleno de codicia, se lanzó al interior del pozo y murió.

ME GRITARON NEGRA

Victoria Santa Cruz

Tenía siete años apenas,
¡Qué siete años!
¡No llegaba a cinco siquiera!
De pronto unas voces en la calle
me gritaron ¡Negra!

¡Negra! ¡Negra! ¡Negra! ¡Negra! ¡Negra! ¡Negra! ¡Negra!

“¿Soy acaso negra?” - me dije
¡SÍ!

“¿Qué cosa es ser negra?”
¡Negra!

Y yo no sabía la triste verdad que aquello escondía.
¡Negra!

Y me sentí negra,
¡Negra!

Como ellos decían
¡Negra!

Y retrocedí
¡Negra!

Como ellos querían
¡Negra!

Y odie mis cabellos y mis labios gruesos
y mire apenada mi carne tostada

Y retrocedí
¡Negra!

Y retrocedí . . .
¡Negra! ¡Negra! ¡Negra! ¡Negra!
¡Negra! ¡Negra! ¡Neeegra!
¡Negra! ¡Negra! ¡Negra! ¡Negra!
¡Negra! ¡Negra! ¡Negra! ¡Negra!
Y pasaba el tiempo,
y siempre amargada
Seguía llevando a mi espalda
mi pesada carga
¡Y cómo pesaba!...

Me alacé el cabello,
me polvee la cara,
y entre mis entrañas siempre resonaba la misma palabra

¡Negra! ¡Negra! ¡Negra! ¡Negra!
¡Negra! ¡Negra! ¡Neeegra!

Hasta que un día que retrocedía , retrocedía y qué iba a caer
¡Negra! ¡Negra! ¡Negra! ¡Negra!
¡Negra! ¡Negra! ¡Negra! ¡Negra!
¡Negra! ¡Negra! ¡Negra! ¡Negra!
¡Negra! ¡Negra! ¡Negra!

¿Y qué?
¿Y qué?

¡Negra!
Si

iNegra!
Soy

iNegra!
Negra

iNegra!
Negra soy

iNegra!
Si

iNegra!
Soy

iNegra!
Negra

iNegra!
Negra soy
De hoy en adelante no quiero
lacia mi cabello
No quiero
Y voy a reírme de aquellos,
que por evitar -según ellos-
que por evitarnos algún sinsabor
Llaman a los negros gente de color
¡Y de qué color!

NEGRO
¡Y qué lindo suena!

NEGRO
¡Y qué ritmo tiene!

NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO
NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO
NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO
NEGRO NEGRO NEGRO

Al fin
Al fin comprendí
AL FIN

Ya no retrocedo
AL FIN

Y avanzo segura
AL FIN

Avanzo y espero
AL FIN

Y bendigo al cielo porque quiso Dios
que negro azabache fuese mi color

Y ya comprendí
AL FIN

¡Ya tengo la llave!

NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO
NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO
NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO
NEGRO NEGRO

¡Negra soy!

TIGRE NEGRO (YAWARA SUNI)

Creación colectiva

Mi papá me contaba que en la época del caucho había un animal al que todos le tenían miedo, era el Yawara Suni, el Tigre Negro. Era un tigre grande que atacaba a los caucheros que dormían en sus campamentos, pero también cuando ellos se dirigían a trabajar en las “estradas”, sacando la resina de los árboles de caucho. En cada campamento se encontraban durmiendo por la noche entre 40 y 60 shiringueros, el Tigre Negro les hacía dormir profundamente, y cuando estaban dormidos, atacaba los campamentos directamente y les cortaba el cuello y se bebía la sangre de cada shiringuero, nadie se salvaba. Al día siguiente, amanecían muertos todos los trabajadores, desangrados. El Tigre Negro no se comía los cuerpos, solo les mataba y les chupaba la sangre. Esta era la historia que los patrones de la época del caucho contaban a los familiares de los shiringueros muertos. De esa manera, las familias contaban a sus generaciones más jóvenes esta historia, sembrando un miedo profundo hacia el tigre negro.



NUDO II

COSTUMBRES Y VIVENCIAS DEL PUEBLO ANDINO DEL VALLE DEL MANTARO







EL ENCUENTRO DE CAJAMARCA

Felipe Guamán Poma de Ayala

Atahualpa Inca está en la ciudad de Cajamarca en su trono (usno) Almagro, Pizarro, fray Vicente, Felipe (indio, lengua), usno (asiento del Inca). Ciudad de Cajamarca Se asienta Atahualpa Inca en su trono.

(...) y dijo Atahualpa: dámelo a mí el libro para que me lo diga, y así se la dio y lo tomó en las manos, comenzó a hojear las hojas del dicho libro, y dice el dicho Inga: que cómo no me lo dice ni me habla a mí el dicho libro, hablando con grande magestad, asentado en su trono, y lo echó el dicho libro de las manos el dicho Inca Atahualpa. Cómo fray Vicente dio voces y dijo: ¡Aquí caballeros, con estos indios gentiles son contra nuestra fe! Y don Francisco Pizarro y don Diego de Almagro de la suya dieron voces y dijo: ¡Salgan, caballeros, estos infieles que son contra nuestra cristiandad y de nuestro emperador y rey demos en ellos! Y así luego comenzaron los caballeros y dispararon sus arcabuces y dieron la escaramuza, y los dichos soldados a matar indios como hormigas...

CONQUISTA ATAGUALPA INGA CIVIDAD DE CAXAMARCA EN SU TRONO VNO



ciudad de caxamarca sacaienta
atagualpa ynga ensu trono -

don

16 DE NOVIEMBRE DE 1532 (DE UN GRAN ALBOROTO QUE HUBO ENTRE INDIOS Y ESPAÑOLES)

Inca Garcilaso de la Vega

Por la experiencia que el Inca tenía de la torpeza del intérprete, tuvo cuidado de acomodar - darse con ella, en su respuesta, en dos cosas. La una, en decir la a pedazos para el que el faraute la entendiera mejor y la declarara por partes (...). La otra advertencia fue que habló en el lenguaje de Chinchaysuyo, el cual entendía mejor el faraute, por ser más común en aquellas provincias que no el del Cozco, y por esta causa pudo Felipe entender mejor la intención y las razones del Inca y declararlas, aunque bárbaramente. Luego que las hubo dicho, mandaron a los contadores que son los que tienen cargo de los ñudos que las asentasen y pusiesen en su tradición. (...). Al Padre Fray Vicente de Valverde levantan testimonio los que escriben que dio arma, pidiendo a los españoles justicia y venganza por haber echado el rey por el suelo el libro que dicen que pidió al fraile; y también levantan testimonio al Rey, como al religioso, porque ni echó el libro ni le tomó en las manos. Lo que pasó fue que Fray Vicente de Valverde se alborotó con la repentina grita que los indios dieron, y temió no le hiciesen algún mal, y se levantó a prisa del asiento en que estaba sentado hablando con el Rey y, al levantarse, soltó la cruz que tenía en las manos, y se le cayó el libro que había puesto en su regazo y, alcanzándolo del suelo, se fue a los suyos, dándoles voces que no hiciesen mal a los indios, porque se había aficionado de Atahuallpa, viendo por su respuesta y preguntas la discreción y buen ingenio que tenía, e iba a satisfacerle a sus preguntas cuando levantaron la grita, y por ella no oyeron los españoles lo que el religioso les decía en favor de los indios. El Rey no dijo lo que escriben los historiadores que dijo: "Vosotros creéis que Cristo es Dios y que murió. Yo adoro al Sol y a la Luna, que son inmortales. ¿Y quién os enseñó que vuestro Dios era el hacedor del Universo?".

CONFIDENCIAS

Juan Gonzalo Rose

Arnold, debo contarte
que en mi país hay una catedral
donde las golondrinas musitan,
se besan y se cagan;
y en esa catedral hay un cadáver
de lonjas y armaduras, perfumado
cual nunca lo estuviera en la milicia
que eligió por oficio;
es el cadáver de un ladrón que tuvo
permiso para matar...
debes haber oído su nombre en las tabernas
melancólicas que bordean el Támesis:
don Francisco Pizarro, español ganapán,
pellejo duro, devoto hasta las cachas.

Debo contarte, Arnold, que este cadáver vive
sentado entre nosotros,
disfrazado de todas las maneras.
A veces tú deseas acostarte
con alguna mujer sobre la playa
y en ese instante llega su cadáver.
A veces tu deseo es solamente
caminar en un parque recordando
al buenazo de Schubert y a sus lentes
mojados por la lluvia,
y el cadáver asoma debajo de una banca
y te exige las huellas digitales,
los rastros que dejamos en la lenta
baranda de un navío.

Aquí
no very good, Arnold querido,
porque el cadáver,
al primer descuido,
moja sus dedos sucios en el vino.

ACTO III, CUADRO PRIMERO: ENCUENTRO ENTRE CUSI CÓYLLUR E IMA SÚMAC

Versión adaptada por Sebastián Salazar Bondy
y César Miró

(Ima-Súmac, acompañada por Pitu-Salla. Al anochecer, recorre el templo donde la tienen encerrada).

IMA-SÚMAC: ¿Hasta cuándo, hermana mía, me ocultas el secreto que me atormenta? ¿No te compadeces de mí?

PITU-SALLA: Si supieras que tu dolor llega a lo más profundo de mi ser.

IMA-SÚMAC: Sin cesar lloraré hasta que me descubras la verdad. En este lugar alguien purga un pecado. ¿Por qué debo ignorar quién es?

PITU-SALLA: (tras una pausa) Se trata de una historia triste...

IMA-SÚMAC: ¡Dímelo todo! ¡Cuéntame qué misterio rodea a esa mujer que sufre y se lamenta!

PITU-SALLA: Voy a descubrirte la verdad, pero prométeme antes que, veas lo que vieres, permanecerás muda. Tus ojos serán testigos de un hecho doloroso, y derramarán, a su vista, muchas lágrimas.

IMA-SÚMAC: No me ocultes nada, pues nada saldrá de mi boca.

PITU-SALLA: ¿Ves esa puerta de piedra? Allí hay una celda. (Mirando en torno) La noche llega. Espera que traiga una luz. (Sale).

IMA-SÚMAC: (sola y temerosa) Extraños presentimientos me acongojan. ¿Veré, por fin, a la que aquí agoniza?

PITU-SALLA: (que vuelve con un recipiente con agua, un plato de comida y una luz, que entrega a Ima-Súmac) Sígueme. Oculta un poco la luz. (Se dirigen a una puerta de piedra que Pitu-Salla mueve con dificultad).

IMA-SÚMAC: ¿Dentro de esta horrible caverna está la cautiva?

PITU-SALLA: Sí... Coloca la luz de tal modo que veas a la que viene a buscar. Mira... (Ima-Súmac mira al interior) ¿Estás satisfecha ya?

IMA-SÚMAC: (con tono de horror) ¿Qué veo? ¿Es una muerta la que dentro yace?

PITU-SALLA: (acudiendo a su socorro) ¡Dulce paloma, vuelve en ti, pronto! ¡Recóbrate!

IMA-SÚMAC: (volviendo en sí) ¿Es un cadáver? ¿Quién es, Pitu-Salla, quién es esa desdichada?

PITU-SALLA: No es un cadáver. Es una princesa la que allí se consume.

IMA-SÚMAC: (decidida): Ayúdame a sacarla de ahí. Todavía vive (Penetran al interior. Con dificultad ayudan a salir a Cusi-Cóyllur).

PITU-SALLA: Vierte el agua... (A Cusi-Cóyllur) He aquí agua y un poco de comer. Procura sentarte.

IMA-SÚMAC: ¿Quién eres? ¿Cómo es que estás encerrada en el fondo de esta caverna?

PITU-SALLA: Deja que tome un poco de alimento... Luego podrá hablar.

CUSI-CÓYLLUR: (lenta y débilmente, a Ima-Súmac) ¡Qué dichosa soy viendo, después de tantos años, un rostro tan bello!

IMA-SÚMAC: ¿De qué crimen eres culpable para merecer tal suerte? ¿Por qué sufres tan duro suplicio?

CUSI-CÓYLLUR: ¡Oh, soy una flor sumida en el abismo! (Pausa) Me uní a un hombre como la pupila al ojo. Él me amaba y yo le correspondía, pero el Inca, mi padre, desconocía esa pasión. Cuando él le pidió mi mano, lo arrojó de su lado, y a mí me mando encerrar en esta oscura celda. Han pasado por mí quince años, entre la vida y la muerte, ligada a estas ataduras y olvidada de todos. Sin embargo, ya lo ves, aún vivo. Este es mi historia. (Pausa) ¿Y quién eres tú, tan joven y tan compasiva?

IMA-SÚMAC: Con el pensamiento, día y noche, te he acompañado en tu

dolor. Desde que escuché tu voz por primera vez sentí un deseo irresistible de consolarte. (Pausa) No tengo padres y nadie en el mundo se interesa por mí.

CUSI-CÓYLLUR: ¿Qué edad tienes?

IMA-SÚMAC: Muchos años debe tener, porque muchos años hace que detesto esta casa.

PITU-SALLA: Según mi cuenta, debe tener quince años, más o menos.

CUSI-CÓYLLUR: ¿Cómo te llamas?

IMA-SÚMAC: Me llaman Ima-Súmac...

CUSI-CÓYLLUR: (Puesta en pie, plena de alegría) ¡Ah! ¡Hija mía! ¡Hija mía! ¡Eres mi dicha! (Tomándola entre sus brazos). ¡Hija mía, ven, ven! ¡Yo te di ese nombre!

IMA-SÚMAC: ¿Tú, mi madre? ¿Puedo merecer tanta felicidad?

CUSI-CÓYLLUR: Soy tu madre, Ima-Súmac, déjame que te estreche entre mis brazos.

IMA-SÚMAC: ¡Madre, madre mía! ¡No te separarás de mí! (Pausa, durante la cual se abrazan) ¿A quién acudiré para salvarte de la pena? ¿A quién me acercaré para pedir clemencia?

PITU-SALLA: No levantes la voz, Ima-Súmac. (Pausa. Inquieta) Vámonos ya. Podrían descubrirnos...

IMA-SÚMAC: (a Cusi-Cóyllur) ¡Oh, madre mía, yo te haré salir de aquí! ¡Espera unos días, sufre todavía algún tiempo en esta casa de mis negros años, y aguarda que yo logre tu libertad!

CUSI-CÓYLLUR: ¡Hija mía! ¡Hija mía!

(Quedan sollozando, unidas).



NUDO III

EL VIEJO

José María Arguedas

Infundía respeto, a pesar de su anticuada y sucia apariencia. Las personas principales del Cuzco lo saludaban seriamente. Llevaba siempre un bastón con puño de oro; su sombrero, de angosta ala, le daba un poco de sombra sobre la frente. Era incómodo acompañarlo, porque se arrodillaba frente a todas las iglesias y capillas y se quitaba el sombrero en forma llamativa cuando saludaba a los frailes.

Mi padre lo odiaba. Había trabajado como escribiente en las haciendas del Viejo. “Desde las cumbres grita, con voz de condenado, advirtiendo a sus indios que él está en todas partes. Almacena las frutas de las huertas, y las deja pudrir; creen que valen muy poco para traerlas a vender al Cuzco o llevarlas a Abancay y que cuestan demasiado para dejárselas a los colonos⁴. ¡Irá al infierno!”, decía de él mi padre.

Entramos al Cuzco de noche. La estación del ferrocarril y la ancha avenida por la que avanzábamos lentamente, a pie, me sorprendieron. El alumbrado eléctrico era más débil que el de algunos pueblos pequeños que conocía. Verjas de madera o de acero defendían jardines o casas modernas, El Cuzco de mi padre, el que me había descrito quizá mil veces, no podía ser ése.

Mi padre iba escondiéndose junto a las paredes, en la sombra. El Cuzco era su ciudad nativa y no quería que lo reconocieran. Debíamos de tener apariencia de fugitivos, pero no veníamos derrotados, sino a realizar un gran proyecto.

— Lo obligaré. ¡Puedo hundirlo! — había dicho mi padre.

Se refería al Viejo.

Cuando llegamos a las calles angostas, mi padre marchó detrás de mí y de los cargadores que llevaban nuestro equipaje.

4 Indios que pertenecen a las haciendas.

Aparecieron los balcones tallados, las portadas imponentes y armoniosas, la perspectiva de las calles, ondulantes, en la ladera de la montaña. Pero ¡Ni un muro antiguo!

Esos balcones salientes, las portadas de piedra y los zaguanes tallados, los grandes patios con arcos, los conocía. Los había visto bajo el sol de Huamanga. Yo escudriñaba las calles buscando muros incaicos.

—¡Mira al frente! -me dijo mi padre—. Fue al palacio de un inca.

Cuando mi padre señaló al muro, me detuve. Era oscuro, áspero; atraía con su faz recostada. La pared blanca del segundo piso empezaba en línea recta sobre el muro.

—Lo verás, tranquilo, más tarde. Alcancemos al Viejo -me dijo.

Habíamos llegado a la casa del Viejo. Estaba en la calle del muro inca.

Entramos al primer patio. Lo rodeaba un corredor de columnas y arcos de piedra que sostenían el segundo piso, también de arcos, pero más delgados. Focos opacos dejaban ver las formas del patio, todo silencioso. Llamó mi padre. Bajó del segundo piso un mestizo, y después un indio. La escalinata era ancha, para la vastedad del patio y de los corredores.

El mestizo llevaba una lámpara y nos guió al segundo patio. No tenía arcos ni segundo piso, solo un corredor de columnas de madera. Estaba oscuro; no había allí alumbrado eléctrico. Vimos lámparas en el interior de algunos cuartos. Conversaban en voz alta en las habitaciones. Debían ser piezas de alquiler. El Viejo residía en la más grande de sus haciendas del Apurímac; venía a la ciudad de vez en cuando, por sus negocios o para las fiestas. Algunos inquilinos salieron a vernos pasar.

Un árbol de cedrón perfumaba el patio, a pesar de que era bajo y de ramas escuálidas. El pequeño árbol mostraba trozos blancos en el tallo; los niños debían de martirizarlo.

El indio cargó los bultos de mi padre y el mío. Yo lo había examinado atentamente porque suponía que era el pongo²⁵. El pantalón, muy ceñido,

5 Indio de hacienda que sirve gratuitamente, por turno, en la casa del amo.

solo le abrigaba hasta las rodillas. Estaba descalzo; sus piernas desnudas mostraban los músculos en paquetes duros que brillaban. “El Viejo lo obligará a que se lave, en el Cuzco”, pensé. Su figura tenía apariencia frágil; era espigado, no alto. Se veía, por los bordes, la armazón de paja de su montera. No nos miró. Bajo el ala de la montera pude observar su nariz aguileña, sus ojos hundidos, los tendones resaltantes del cuello. La expresión del mestizo era, en cambio, casi insolente. Vestía de montar.

Nos llevaron al tercer patio, que ya no tenía corredores.

Sentí olor a muladar allí. Pero la imagen del muro incaico y el olor a cedrón seguían animándome.

—¿Aquí? —preguntó mi padre.

—El caballero a dicho. Él ha escogido— contestó el mestizo.

Abrió con el pie una puerta. Mi padre pagó a los cargadores y los despidió.

—Dile al caballero que voy, que iré a su dormitorio en seguid. ¡Es urgente!- ordenó mi padre al mestizo.

Éste puso la lámpara sobre un poyo, en el cuarto. Iba a decir algo, pero mi padre los miró con expresión autoritaria, y el hombre obedeció. Nos quedamos solos.

—¡Es una cocina! ¡Estamos en el patio de las bestias! —exclamó mi padre.

Me tomó el brazo.

—Es la cocina de los arrieros —me dijo—. Nos iremos mañana mismo, hacia Abancay. No vayas a llorar. ¡Yo no he de condenarme por exprimir a un maldito! Sentí que su voz se ahogaba, y lo abracé.

—¡Estamos en el Cuzco! —le dije.

—¡Por eso, por eso!

Salió. Lo seguí hasta la puerta.

—Espérame, o anda a ver el muro —me dijo—. Tengo que hablar con el Viejo, ahora mismo.

Cruzó el patio, muy rápido, como si hubiera luz.

Era una cocina para indios el cuarto que nos dieron. Manchas de hollín subían al techo desde la esquina donde había una tullpa indígena, un fogón de piedra. Poyos de adobes rodeaban la habitación. Un catre de madera tallada, con una especie de techo, de tela roja, perturbaba la humildad de la cocina. La manta de seda verde, sin mancha, que cubría la cama, exaltaba el contraste. “¡El Viejo! — pensé—. ¡Así nos recibe!

Yo no me sentía mal en esa habitación. Era muy parecida a la cocina en que me obligaron a vivir en mi infancia; al cuarto oscuro donde recibí los cuidados, la música, los cantos y el dulcísimo hablar de las sirvientas indias y de los “concertados”³⁶. Pero ese catre tallado ¿qué significaba? La escandalosa alma del Viejo, su locura por ofender al recién llegado, al pariente trotamundos que se atrevía a regresar. Nosotros no lo necesitamos. ¿Por qué mi padre venía donde él? ¿Por qué pretendía hundirlo? Habría sido mejor dejarlo que siguiera pudriéndose a causa de sus pecados.

Ya prevenido, el Viejo eligió una forma de ofender a mi padre. ¡Nos iríamos a la madrugada! Por la pampa de Anta. Estaba previsto. Corrí a ver el muro.

Formaba esquina. Avanzaba a lo largo de una calle ancha y continuaba en otra angosta y más oscura, que olía a orines. Esa angosta calle escalaba la ladera. Caminé frente al muro, piedra tras piedra. Me alejaba unos pasos, lo contemplaba y volvía a acercarme. Toqué las piedras con mis manos; seguí la línea ondulante, imprevisible, como la de los ríos, en la que se juntan los bloques de roca. En la oscura calle, en el silencio, el muro parecía vivo, sobre la palma de mis manos llameaba la juntura de las piedras que había tocado.

No paso nadie por esa calle, durante largo rato. Pero cuando miraba, agachado, una de las piedras, apareció un hombre por la boca calle de arriba. Me puse de pie. Enfrente había una alta pared de adobes, semidecayida. Me arrimé a ella. El hombre orinó, en media calle, y después siguió caminando. “Ha de desaparecer -pensé-. Ha de hundirse”. No porque orinara, sino porque contuvo el paso y parecía que luchaba contra la sombra

del muro; aguardaba instantes, completamente oculto en la oscuridad que brotaba de las piedras. Me alcanzó y siguió de largo, siempre con esfuerzo. Llegó a la esquina iluminada y volteó. Debió de ser un borracho.

No perturbó su paso el examen que hacía del muro. La corriente que entre él y yo iba formándose. Mi padre me había hablado de su ciudad nativa, de los palacios y templos, y de las plazas, durante los viajes que hicimos, cruzando el Perú de los Andes, de oriente a occidente y de sur a norte. Yo había crecido en esos viajes. Cuando mi padre hacía frente a sus enemigos, y más, cuando contemplaba de pie las montañas, desde las plazas de los pueblos, y parecía que de sus ojos azules iban a brotar ríos de lágrimas que él contenía siempre, como con una máscara, yo meditaba en el Cuzco. Sabía que al fin llegaríamos a la gran ciudad. “¡Será para un bien eterno!”, exclamó mi padre una tarde, en Pampas, donde estuvimos cercados por el odio.

Eran más grandes y extrañas de cuanto había imaginado las piedras del muro incaico; bullían bajo el segundo piso encalado que por el lado de la calle angosta, era ciego. Me acordé, entonces, de las canciones quechuas que repiten una frase patética constante: “yawar mayu”, río de sangre; “yawar unu”, agua sangrienta; “puk'tik' yawar k'ocha”, lago de sangre que hierve; “yawar wek'e”, lágrimas de sangre. ¿Acaso no podría decirse “yawar rumi”, piedra de sangre, o “puk'tik' yawar rumi”, piedra de sangre hirviente? Era estático el muro, pero hervía por todas sus líneas y la superficie era cambiante, como la de los ríos en el verano, que tienen una cima así, hacia al centro del caudal, que es la zona temible, la más poderosa. Los indios llaman “yawar mayu” a esos ríos turbios, porque muestran con el sol un brillo en movimiento, semejante al de la sangre. También llaman “yawar mayu” al tiempo violento de las danzas guerreras, al momento en que los bailarines luchan.

—¡Puk'tik' yawar rumi! —exclamé frente al muro, en voz alta.

Y como la calle seguía en silencio, repetí la frase varias veces.

Mi padre llegó en ese instante a la esquina. Oyó mi voz y avanzó por la calle angosta.

—El Viejo ha clamado y me ha pedido perdón —dijo—. Pero sé que es un cocodrilo. Nos iremos mañana. Dice que todas las habitaciones del primer patio están llenas de muebles, de costales y de cachivaches; que ha hecho bajar para mi la gran caja de su padre. Son cuentos. Son cuentos. Pero yo soy cristiano, y tendremos que oír misa, al amanecer, con el Viejo, en la catedral. Nos iremos enseguida. No veníamos al Cuzco; estamos de paso a Abancay. Seguiremos viaje. Éste es el palacio de Inca Roca. La plaza de armas está cerca. Vamos despacio. Iremos también a ver el templo de Acllahuasi. El Cuzco está igual. Siguen orinando aquí los borrachos y los transeúntes. Más tarde habrá aquí otras fetideces... Mejor es el recuerdo. Vamos.

—Dejemos que el Viejo se condene —Le dije-. ¿Alguien vive en este palacio de Inca Roca?

—Desde la conquista.

—¿Viven?

—¿No has visto los balcones?

La construcción colonial, suspendida sobre la muralla, tenía la apariencia de un segundo piso. Me había olvidado de ella. En la calle angosta, la pared española, blanqueada, no parecía servir sino para dar luz al muro.

—Papá —Le dije-. Cada piedra habla. Esperemos un instante.

—No oiremos nada. No es que hablan. Estás confundido. Se traslada a tu mente y desde allí te inquietan.

—Cada piedra es diferente. No están cortadas. Se están moviendo.

Me tomó del brazo.

—Dan la impresión de moverse porque son desiguales, más que las piedras de los campos. Es que los incas convertían en barro la piedra. Te lo dije muchas veces.

—Papá, parece que caminan, que se revuelven, y están quietas.

Abracé a mi padre. Apoyándome en su pecho contemplé nuevamente el muro.

—¿Viven adentro del palacio? —volví a preguntarle.

—Una familia noble.

—¿Como el Viejo?

—No. Son nobles, pero también avaros, aunque no como el Viejo. ¡Como el Viejo no! Todos los señores del Cuzco son avaros.

—¿Lo permite el Inca?

—Los incas están muertos.

—Pero no este muro. ¿Por qué no lo devora, si el dueño es avaro? Este muro puede caminar; podría elevarse a los cielos o avanzar hacia el fin del mundo y volver. ¿No temen quienes viven adentro?

—Hijo, la catedral está cerca. El viejo nos ha trastornado.

Vamos a rezar.

—Dondequiera que vaya, las piedras que mandó formar Inca Roca me acompañarán. Quisiera hacer aquí un juramento.

—¿Un juramento? Estás alterado, hijo. Vamos a la catedral.

Aquí hay mucha oscuridad.

Me besó en la frente. Sus manos temblaban, pero tenían calor.

Pasamos la calle; cruzamos otra, muy ancha, recorrimos una calle angosta. Y vimos las cúpulas de la catedral. Desembocamos en la Plaza de Armas. Mi padre me llevaba del brazo. Aparecieron los portales de arcos blancos. Nosotros estábamos a la sombra del templo.

—Ya no hay nadie en la plaza —dijo mi padre.

Era la más extensa de cuantas había visto. Los arcos aparecían como en el confín de una silente pampa de las regiones heladas. ¡Si hubiera graznado allí un yanawiku, el pato que merodea en las aguadas de esas pampas!

Ingresamos a la plaza. Los pequeños árboles que habían plantado en el parque, y los arcos, parecían intencionalmente empequeñecidos, ante la catedral y las torres de la iglesia de la Compañía.

—No habrán podido crecer los árboles —dije—. Frente a la catedral, no han podido.

Mi padre me llevó al atrio. Subimos las gradas. Se descubrió cerca de la

gran puerta central. Demoramos mucho en cruzar el atrio. Nuestras pisadas resonaban sobre la piedra. Mi padre iba rezando; no repetía las oraciones rutinarias; le hablaba a Dios, libremente. Estábamos a la sombra de la fachada. No me dijo que rezara; permanecí con la cabeza descubierta, rendido. Era una inmensa fachada; parecía ser tan ancha como la base de las montañas que se elevan desde las orillas de algunos lagos de altura. En el silencio, las torres y el atrio repetían la menor resonancia, igual que las montañas de roca que orillan los lagos helados. La roca devuelve profundamente el grito de los patos o la voz humana. Ese eco es difuso y parece que naciera del propio pecho del viajero, atento, oprimido por el silencio.

Cruzamos, de regreso, el atrio; bajamos las gradas y entramos al parque.

—Fue la plaza de celebraciones de los incas —dijo mi padre—. Mírala bien, hijo.

No es cuadrada sino larga, de sur a norte.

La iglesia de la Compañía, y la ancha catedral, ambas con una fila de pequeños arcos que continuaban la línea de los muros, nos rodeaban. La catedral enfrente y el templo de los jesuitas a un costado. ¿Adónde ir? Deseaba arrodillarme. En los portales caminaban algunos transeúntes; vi luces en pocas tiendas. Nadie cruzó la plaza.

—Papá —le dije—. La catedral parece más grande cuanto de más lejos la veo.

¿Quién la hizo?

—El español, con la piedra incaica y las manos de los indios.

—La Compañía es más alta.

—No. Es angosta.

—Y no tiene atrio, sale del suelo.

—No es catedral, hijo.

Se veía un costado de las cúpulas, en la oscuridad de la noche.

—¿Llueve sobre la catedral? —pregunté a mi padre—. ¿Cae la lluvia sobre la catedral?

—¿Por qué preguntas?

—El cielo la alumbra; está bien. Pero ni el rayo ni la lluvia la tocarán.

—La lluvia sí; jamás el rayo. Con la lluvia, fuerte o delgada, la catedral parece más grande.

Una mancha de árboles apareció en la falda de la montaña.

—¿Eucaliptos? —le pregunté.

—Deben de ser. No existían antes. Atrás está la fortaleza, el Sacsayhuaman. ¡No lo podrás ver! Nos vamos temprano. De noche no es posible ir. Las murallas son peligrosas. Dicen que devoran a los niños. Pero las piedras son como las del palacio de Inca Roca, aunque cada una es más alta que la cima del palacio.

—¿Cantan de noche las piedras?

—Es posible.

—Como las más grandes de los ríos o de los precipicios. Los incas tendrían la historia de todas las piedras con “encanto” y las harían llevar para construir la fortaleza. ¿Y estas con que levantaron la catedral?

—Los españoles las cincelaron. Mira el filo de la torre.

Aun en la penumbra se veía el filo; la cal que unía cada piedra labrada lo hacía resaltar.

—Golpeándolas con cinceles les quitarían el “encanto”. Pero las cúpulas de las torres deben guardar, quizás, el resplandor que dicen que hay en la gloria. ¡Mira, papá! Están brillando.

—Sí, hijo. Tú ves, como niño, algunas cosas que los mayores no vemos. La armonía de Dios existe en la tierra. Perdonemos al Viejo, ya que por él conociste el Cuzco. Vendremos a la catedral mañana.

—Esta plaza, ¿es española?

—No. La plaza, no. Los arcos, los templos. La plaza, no. La hizo Pachakutek', el Inca renovador de la tierra. ¿No es distinta de los cientos de plazas que has visto?

—Será por eso que guarda el resplandor del cielo. Nos alumbraba desde la fachada de las torres. Papá; ¡amanezcamos aquí!

—Puede que Dios viva mejor en esta plaza, porque es el centro del mundo, elegida por el Inca. No es cierto que la tierra sea redonda. Es larga; acuérdate, hijo, que hemos andado siempre a lo ancho o a lo largo del mundo.

Nos acercamos a la Compañía. No era imponente, recreaba. Quise cantar junto a su única puerta. No deseaba rezar. La catedral era demasiado grande, como la fachada de la gloria para los que han padecido hasta su muerte. Frente a la portada de la Compañía, que mis ojos podían ver completa, me asaltó el propósito de entonar algún himno, distinto de los cantos que había oído corear en quechua a los indios, mientras lloraban, en las pequeñas iglesias de los pueblos. ¡No, ningún canto con lágrimas!

A paso marcial nos encaminamos al Amaru Cancha, el palacio de Huayna Capac, y al templo de las Acllas.

—¿La Compañía también la hicieron con las piedras de los incas? —pregunté a mi padre.

—Hijo, los españoles, ¿qué otras piedras hubieran labrado en el Cuzco? ¡Ahora verás!

Los muros del palacio y del templo incaicos formaban una calle angosta que desembocaba en la plaza.

—No hay ninguna puerta en esta calle —dijo mi padre—. Está igual que cuando los incas. Sólo sirve para que pase la gente. ¡Acércate! Avancemos.

Parecía cortada en la roca viva. Llamamos roca viva, siempre, a la bárbara, cubierta de parásitos o de líquenes rojos. Como esa calle hay paredes que labraron los ríos, y por donde nadie más que el agua camina, tranquila o violenta.

—Se llama Loreto Kijllu —dijo mi padre.

—¿Kijllu, papá?

Se da ese nombre, en quechua, a las rajaduras de las rocas. No a las de las piedras comunes sino de las enormes, o de las interminables vetas que

cruzan las cordilleras, caminando irregularmente, formando el cimiento de los nevados que ciegan con su luz a los viajeros.

—Aquí están las ruinas del templo de Acllahuasi, y de Amaru Cancha —exclamó mi padre.

Eran serenos los muros, de piedras perfectas. El de Acllahuasi era altísimo, y bajo el otro, con serpientes esculpidas en el dintel de la puerta.

—¿No vive nadie adentro? —pregunté.

—Sólo en Acllahuasi; las monjas de Santa Catalina, lejos. Son enclaustradas. No salen nunca.

El Amaru Cancha, palacio de Huayna Capac, era una ruina, desmoronándose por la cima. El desnivel de altura que había entre sus muros y los del templo permitía entrar la luz a la calle y contener, mejor, a la sombra.

La calle era lúcida, no rígida. Si no hubiera sido tan angosta, las piedras rectas se habrían, quizá, desdibujado. Así estaban cerca; no bullían, no hablaban, no tenían la energía de las que jugaban en el muro del palacio de Inca Roca; era el muro quien imponía silencio; y si alguien hubiera cantado con hermosa voz, allí, las piedras habrían repetido con tono perfecto, idéntico, la música.

Estábamos juntos; recordando yo las descripciones que en los viajes hizo mi padre, del Cuzco. Oí entonces un canto.

—¡La María Angola! —le dije.

—Sí. Quédate quieto. Son las nueve. En la pampa de Anta, a cinco leguas, se le oye. Los viajeros se detienen y se persignan.

La tierra debía convertirse en oro en ese instante; yo también, no sólo los muros y la ciudad, las torres, el atrio y las fachadas que habían visto.

La voz de la campana resurgía. Y me pareció ver, frente a mí, la imagen de mis protectores, los alcaldes indios: don Maywa y don Víctor Pusa, rezando arrodillados delante de la fachada de la iglesia de adobes, blanqueada, de mi aldea, mientras la luz del crepúsculo no resplandecía sino cantaba. En los molles, las águilas, los wamanchas tan temidos por carnívoros, elevaban la cabeza, bebían la luz, ahogándose.

Yo sabía que la voz de la campana llegaba a cinco leguas de distancia. Creí que estallaría en la plaza. Pero surgía lentamente, a intervalos suficientes; y el canto se acrecentaba, atravesaba los elementos; y todo se convertía en esa música cuzqueña, que abría las puertas de la memoria.

En los grandes lagos, especialmente en los que tienen islas y bosques de totora, hay campanas que tocan a la media noche. A su canto triste salen del agua toros de fuego, o de oro, arrastrando cadenas; suben a las cumbres y mugen en la helada; porque en el Perú los lagos están en la altura. Pensé que esas campanas debían de ser illas, reflejos de la María Angola, que convertiría a los amarus en toros. Desde el centro del mundo, la voz de la campana, hundiéndose en los lagos, habría transformado a las antiguas criaturas.

—Papá —le dije, cuando cesó de tocar la campana—. ¿No me decías que llegaríamos al Cuzco para ser eternamente felices?

—¡El Viejo está aquí! —dijo—. ¡El Anticristo!

—Ya mañana nos vamos. Él también se irá a sus haciendas. Las campanas que hay en los lagos que hemos visto en las punas, ¿no serán illas de la María Angola?

—Quizás, hijo. Tú piensas todavía como un niño.

—He visto a don Maywa, cuando tocaba la campana.

—Así es. Su voz aviva el recuerdo. ¡Vámonos!

En la penumbra, las serpientes esculpidas sobre la puerta del palacio de Huayna Capac caminaban. Era lo único que se movía en ese kijllu acerado. Nos siguieron, vibrando, hasta la casa.

El pongo esperaba en la puerta. Se quitó la montera, y así descubierta, nos siguió hasta el tercer patio. Venía sin hacer ruido, con los cabellos revueltos, levantados. Le hablé en quechua. Me miró extrañado.

—¿No sabe hablar? —le pregunté a mi padre.

—No se atreve —me dijo—. A pesar de que nos acompaña a la cocina.

En ninguno de los centenares de pueblos donde había vivido con mi padre, hay pongos.

—Tayta —le dije en quechua al indio—. ¿Tú eres cuzqueño?

—Mánan —contestó—. De la hacienda.

Tenía un poncho raído, muy corto. Se inclinó y pidió licencia para irse. Se inclinó como un gusano que pidiera ser aplastado.

Abracé a mi padre, cuando prendió la luz de la lámpara. El perfume del cedrón llegaba hasta nosotros. No pude contener el llanto. Lloré como al borde de un gran lago desconocido.

—¡Es el Cuzco! —me dijo mi padre—. Así agarra a los hijos de los cuzqueños ausentes. También debe ser el canto de la María Angola.

No quiso acostarse en la cuja del Viejo.

—Hagamos nuestras camas —dijo.

Como en los corredores de las casas en que nos alojaban en los pueblos, tendimos nuestras camas sobre la tierra. Yo tenía los ojos nublados. Veía al indio de hacienda, su rostro extrañado; las pequeñas serpientes del Amaru Cancha, los lagos moviéndose ante la voz de la campana. ¡Estarían marchando los toros a esa hora, buscando las cumbres!

Rezamos en voz alta. Mi padre pidió a Dios que no oyera las oraciones que con su boca inmunda entonaba el Viejo en todas las iglesias, y aun en las calles.

Me despertó al día siguiente, llamándome:

—Está amaneciendo. Van a tocar la campana.

Tenía en las manos su reloj de oro, de tres capas. Nunca lo vendió. Era un recuerdo de su padre. A veces se le veía como a un fanático, dándole cuerda a ese reloj fastuoso, mientras su ropa aparecía vieja, y él permanecía sin afeitarse, por el abatimiento. En aquel pueblo de los niños asesinos de pájaros, donde nos sitiaron de hambre, mi padre salía al corredor, y frente al bosque de hierbas venenosas que crecían en el patio, acariciaba su reloj, lo hacía brillar al sol, y esa luz lo fortalecía.

—Nos levantaremos después que la campana toque, a las cinco —dijo.

—El oro que doña María Angola entregó para que fundieran la campana ¿fueron joyas? —le pregunté.

—Sabemos que entregó un quintal de oro. Ese metal era del tiempo de los incas. Fueron, quizá, trozos del Sol de Inti Cancha o de las paredes del templo, o de los ídolos. Trozos, solamente; o joyas grandes hechas de ese oro. Pero no fue un quintal, sino mucho más, el oro que fundieron para la campana. María Angola, ella sola, llevó un quintal. ¡El oro, hijo, suena como para que la voz de las campanas se eleve hasta el cielo, y vuelva con el canto de los ángeles a la tierra!

—¿Y las campanas feas de los pueblos que no tenían oro?

—Son pueblos olvidados. Las oírás Dios, pero ¿a qué ángel han de hacer bajar esos ruidos? El hombre también tiene poder. Lo que has visto anoche no lo olvidarás.

—Vi, papá, a don Pablo Maywa, arrodillado frente a la capilla de su pueblo.

—Pero ¡recuerda, hijo! Las campanitas de ese pueblo tenían oro. Fue pueblo de mineros.

Comenzó, en ese instante, el primer golpe de la María Angola. Nuestra habitación, cubierta de hollín hasta el techo, empezó a vibrar con las ondas lentas del canto. La vibración era triste, la mancha de hollín se mecía como un trapo negro. Nos arrodillamos para rezar. Las ondas finales se percibían todavía en el aire, apagándose, cuando llegó el segundo golpe, aún más triste.

Yo tenía catorce años; había pasado mi niñez en una casa ajena, vigilado siempre por crueles personas. El señor de la casa, el padre, tenía ojos de párpados enrojecidos y cejas espesas; le placía hacer sufrir a los que dependían de él, sirvientes y animales. Después, cuando mi padre me rescató y vagué con él por los pueblos, encontré que en todas partes la gente sufría. La María Angola lloraba, quizás, por todos ellos, desde el Cuzco. A nadie había visto más humillado que a ese pongo del Viejo. A cada golpe, la campana entristecía más y se hundía en todas las cosas.

—¡Papá! ¿Quién la hizo? —le pregunté, después del último toque.

—Campaneros del Cuzco. No sabemos más.

—No sería un español.

—¿Por qué no? Eran los mejores, los maestros.

—¿El español también sufría?

—Creía en Dios, hijo. Se humillaba ante Él cuanto más grande era. Y se mataron también entre ellos. Pero tenemos que apurarnos en arreglar nuestras cosas.

La luz del sol debía estar ya próxima. La cuja tallada del Viejo se exhibía nítidamente en medio del cuarto. Su techo absurdo y la tela de seda que la cubría, me causaban irritación. Las manchas de hollín le daban un fondo humillante. Derribada habría quedado bien.

Volvimos a empacar el colchón de mi padre, los tres pellejos de carnero sobre los que yo dormía, y nuestras frazadas.

Salimos. Nos miraron sorprendidos los inquilinos del segundo patio. Muchos de ellos rodeaban una pila de agua, llevando baldes y ollas. El árbol de cedrón había sido plantado al centro del patio, sobre la tierra más seca y endurecida. Tenía algunas flores en las ramas altas. Su tronco aparecía descascarado casi por completo, en su parte recta, hasta donde empezaba a ramificarse.

Las paredes de ese patio no habían sido pintadas quizá desde hacía cien años; dibujos hechos con carbón por los niños, o simples rayas, las cruzaban. El patio olía mal, a orines, a aguas podridas. Pero el más desdichado de todos los que vivían allí debía ser el árbol de cedrón. “Si se muriera, si se secara, el patio parecería un infierno”, dije en voz baja. “Sin embargo lo han de matar; lo descascararán.”

Encontramos limpio y silencioso el primer patio, el del dueño. Junto a una columna del segundo piso estaba el pongo, con la cabeza descubierta. Desapareció. Cuando subimos al corredor alto lo encontramos recostado en la pared del fondo.

Nos saludó, inclinándose; se acercó a mi padre y le besó las manos.

—¡Niño, niñito! —me dijo a mí, y vino detrás, gimoteando.

El mestizo hacía guardia, de pie, junto a una puerta tallada.

—El caballero lo está esperando —dijo, y abrió la puerta.

Yo entré rápido, tras de mi padre.

El Viejo estaba sentado en un sofá. Era una sala muy grande, como no había visto otra; todo el piso cubierto por una alfombra. Espejos de anchos marcos, de oro opaco, adornaban las paredes; una araña de cristales pendía del centro del techo artesonado. Los muebles eran altos, tapizados de rojo. No se puso de pie el Viejo. Avanzamos hacia él. Mi padre no le dio la mano. Me presentó.

—Tu tío, el dueño de las cuatro haciendas —dijo.

Me miró el Viejo, como intentando hundirme en la alfombra. Percibí que su saco estaba casi deshilachado por la solapa, y que brillaba desagradablemente. Yo había sido amigo de un sastre, en Huamanga, y con él nos habíamos reído a carcajadas de los antiguos sacos de algunos señorones avaros que mandaban hacer zurcidos. “Este espejo no sirve —exclamaba el sastre, en quechua—. Aquí sólo se mira la cara el diablo que hace guardia junto al señor para llevárselo a los infiernos.”

Me agaché y le di la mano al Viejo. El salón me había desconcertado; lo atravesé asustado, sin saber cómo andar. Pero el lustre sucio que observé en el saco del Viejo me dio tranquilidad. El Viejo siguió mirándome. Nunca vi ojos más pequeños ni más brillantes. ¡Pretendía rendirme! Se enfrentó a mí. ¿Por qué? Sus labios delgadísimos los tuvo apretados. Miró en seguida a mi padre. Él era arrebatado y generoso; había preferido andar solo, entre indios y mestizos, por los pueblos.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó el Viejo, volviendo a mirarme.

Yo estaba prevenido. Había visto el Cuzco. Sabía que tras los muros de los palacios incas vivían avaros. “Tú”, pensé, mirándolo también detenidamente. La voz extensa de la gran campana, los amarus del palacio de Huayna Capac, me acompañaban aún. Estábamos en el centro del mundo.

—Me llamo como mi abuelo, señor —le dije.

—¿Señor? ¿No soy tu tío?

Yo sabía que en los conventos, los frailes preparaban veladas para recibirlo; que lo saludaban en las calles los canónigos. Pero nos había hecho llevar a la cocina de su casa; había mandado armar allí esa cuja tallada, frente a la pared de hollín. No podía ser este hombre más perverso ni tener más poder que mi cejijunto guardador que también me hacía dormir en la cocina.

—Es usted mi tío. Ahora ya nos vamos, señor —le contesté.

Vi que mi padre se regocijaba, aunque permanecía en actitud casi solemne.

Se levantó el Viejo, sonriendo, sin mirarme. Descubrí entonces que su rostro era ceniciento, de piel dura, aparentemente descarnada de los huesos. Se acercó a un mueble del que pendían muchos bastones, todos con puño de oro.

La puerta del salón había quedado abierta y pude ver al pongo, vestido de harapos, de espaldas a las verjas del corredor. A la distancia se podía percibir el esfuerzo que hacía por apenas parecer vivo, el invisible peso que oprimía su respiración.

El Viejo le alcanzó a mi padre un bastón negro; el mango de oro figuraba la cabeza y cuello de un águila. Insistió para que lo recibiera y lo llevara. No me miraron. Mi padre tomó el bastón y se apoyó en él; el Viejo eligió uno más grueso, con puño simple, como una vara de alcalde.

Cuando pasó por mi lado comprobé que el Viejo era muy bajo, casi un enano; caminaba, sin embargo, con aire imponente, y así se le veía aun de espaldas.

Salimos al corredor. Repicaron las campanas. La voz de todas se recortaba sobre el fondo de los golpes muy espaciados de la María Angola.

El pongo pretendió acercarse a nosotros, el Viejo lo ahuyentó con un movimiento del bastón.

Hacía frío en la calle. Pero las campanas regocijaban la ciudad. Yo esperaba la voz de la María Angola. Sobre sus ondas que abrazaban al mundo, repicaba la voz de las otras, las de todas las iglesias. Al canto grave de la campana se animaba en mí la imagen humillada del pongo, sus ojos hundidos, los huesos de su nariz, que era lo único enérgico de su figura; su cabeza descubierta en que los pelos parecían premeditadamente revueltos,

cubiertos de inmundicia. “No tiene padre ni madre, sólo su sombra”, iba repitiendo, recordando la letra de un huayno, mientras aguardaba, a cada paso, un nuevo toque de la inmensa campana.

Cesó el repique, la llamada a misa, y tuve libertad para mirar mejor la ciudad a la luz del día. Nos íbamos dentro de una hora, o menos. El Viejo hablaba.

—Inca Roca lo edificó. Muestra el caos de los gentiles, de las mentes primitivas.

Era aguda su voz y no parecía la de un viejo, cenizo por la edad, y tan recio.

Las líneas del muro jugaban con el sol; las piedras no tenían ángulos ni líneas rectas; cada cual era como una bestia que se agitaba a la luz; transmitían el deseo de celebrar, de correr por alguna pampa, lanzando gritos de júbilo. Yo lo hubiera hecho; pero el Viejo seguía predicando, con palabras selectas, como tratando de abrumar a mi padre.

Cuando llegamos a la esquina de la Plaza de Armas, el Viejo se postró sobre ambas rodillas, se descubrió, agachó la cabeza y se persignó lentamente. Lo reconocieron muchos y no se echaron a reír; algunos muchachos se acercaron. Mi padre se apoyó en el bastón, algo lejos de él. Yo esperé que apareciera un huayronk'ó y le escupiera sangre en la frente, porque estos insectos voladores son mensajeros del demonio o de la maldición de los santos. Se levantó el Viejo y apuró el paso. No se puso el sombrero; avanzó con la cabeza canosa descubierta. En un instante llegamos a la puerta de la catedral. Mi padre lo seguía comedidamente. El Viejo era imperioso; pero yo le hubiera sacudido por la espalda. Y tal vez no habría caído, porque parecía pesar mucho, como si fuera de acero; andaba con gran energía.

Ingresamos al templo, y el Viejo se arrodilló sobre las baldosas. Entre las columnas y los arcos, rodeados del brillo del oro, sentí que las bóvedas altísimas me rendían. Oí rezar desde lo alto, con voz de moscardones, a un coro de hombres. Había poca gente en el templo. Indias con mantas de colores sobre la cabeza, lloraban. La catedral no resplandecía tanto. La luz filtrada por el alabastro de las ventanas era distinta de la del sol. Parecía que habíamos caído, como en las leyendas, a alguna ciudad escondida en el centro de una

montaña, debajo de los mantos de hielo inapagables que nos enviaban luz a través de las rocas. Un alto coro de madera lustrada se elevaba en medio del templo. Se levantó el Viejo y nos guió hacia la nave derecha.

—El Señor de los Temblores —dijo, mostrando un retablo que alcanzaba la cima de la bóveda. Me miró, como si no fuera yo un niño.

Me arrodillé junto a él y mi padre al otro lado.

Un bosque de ceras ardía delante del Señor. El Cristo aparecía detrás del humo, sobre el fondo del retablo dorado, entre columnas y arcos en que habían tallado figuras de ángeles, de frutos y de animales.

Yo sabía que cuando el trono de ese Crucificado aparecía en la puerta de la Catedral, todos los indios del Cuzco lanzaban un alarido que hacía estremecer la ciudad, y cubrían, después, las andas del Señor y las calles y caminos, de flores de ñujchu, que es roja y débil.

El rostro del Crucificado era casi negro, desencajado, como el del pongo. Durante las procesiones, con sus brazos extendidos, las heridas profundas, y sus cabellos caídos a un lado, como una mancha negra, a la luz de la plaza, con la catedral, las montañas o las calles ondulantes, detrás, avanzaría ahondando las aflicciones de los sufrientes, mostrándose como el que más padece, sin cesar. Ahora, tras el humo y esa luz agitada de la mañana y de las velas, aparecía sobre el altar hirviente de oro, como al fondo de un crepúsculo del mar, de la zona tórrida, en que el oro es suave o brillante, y no pesado y en llamas como el de las nubes de la sierra alta, o de la helada, donde el sol del crepúsculo se rasga en mantos temibles.

Renegrido, padeciendo, el Señor tenía un silencio que no apaciguaba. Hacía sufrir; en la catedral tan vasta, entre las llamas de las velas y el resplandor del día que llegaba tan atenuado, el rostro del Cristo creaba sufrimiento, lo extendía a las paredes, a las bóvedas y columnas. Yo esperaba que de ellas brotaran lágrimas. Pero estaba allí el Viejo, rezando apresuradamente con su voz metálica. Las arrugas de su frente resaltaron a la luz de las velas; eran esos surcos los que daban la impresión de que su piel se había descarnado de los huesos.

—No hay tiempo para más —dijo.

No oímos misa. Salimos del templo. Regresamos a paso ligero. El Viejo nos guiaba.

No entramos a la iglesia de la Compañía; no pude siquiera contemplar nuevamente su fachada; sólo vi la sombra de sus torres sobre la plaza.

Encontramos un camión en la puerta de la casa. El mestizo de botas hablaba con el chofer. Habían subido nuestros atados a la plataforma. No necesitaríamos ya entrar al patio.

—Todo está listo, señor —dijo el mestizo.

Mi padre entregó el bastón al Viejo.

Yo corrí hasta el segundo patio. Me despedí del pequeño árbol. Frente a él, mirando sus ramas escuálidas, las flores moradas, tan escasas, que temblaban en lo alto, temí al Cuzco. El rostro del Cristo, la voz de la gran campana, el espanto que siempre había en la expresión del pongo, ¡y el Viejo!, de rodillas en la catedral, aun el silencio de Loreto Kijllu, me oprimían. En ningún sitio debía sufrir más la criatura humana. La sombra de la catedral y la voz de la María Angola al amanecer, renacían, me alcanzaban. Salí. Ya nos íbamos.

El viejo me dio la mano.

—Nos veremos —me dijo.

Lo vi feliz. Un poco lejos, el pongo estaba de pie, apoyándose en la pared. Las roturas de su camisa dejaban ver partes del pecho y del brazo. Mi padre ya había subido al camión. Me acerqué al pongo y me despedí de él. No se asombró tanto. Lo abracé sin estrecharlo. Iba a sonreír, pero gimoteó, exclamando en quechua: “¡Niñito, ya te vas; ya te estás yendo! ¡Ya te estás yendo!”.

Corrí al camión. El Viejo levantó los dos bastones en ademán de despedida.

—¡Debimos ir a la iglesia de la Compañía! —me dijo mi padre, cuando el camión se puso en marcha—. Hay unos balcones cerca del altar mayor; sí, hijo, unos balcones tallados, con celosías doradas que esconden a quienes oyen misa desde ese sitio. Eran para las enclaustradas. Pero sé que allí bajan, al amanecer, los ángeles más pequeños, y revolotean, cantando

bajo la cúpula, a la misma hora en que tocan la María Angola. Su alegría reina después en el templo durante el resto del día.

Había olvidado al Viejo, tan apurado en despacharnos, aún la misa no oída; recordaba sólo la ciudad, su Cuzco amado y los templos.

—Papá, la catedral hace sufrir —le dije.

—Por eso los jesuitas hicieron la Compañía. Representan el mundo y la salvación.

Ya en el tren, mientras veía crecer la ciudad, al fuego del sol que caía sobre los tejados y las cúpulas de cal y canto, descubrí el Sacsayhuaman, la fortaleza, tras el monte en el que habían plantado eucaliptos.

En filas quebradas, las murallas se asentaban sobre la ladera, entre el gris del pasto. Unas aves negras, no tan grandes como dos cóndores, daban vueltas, o se lanzaban desde el fondo del cielo sobre las filas de muros. Mi padre vio que contemplaba las ruinas y no me dijo nada. Más arriba, cuando el Sacsayhuaman se mostró, rodeando la montaña, y podía distinguirse el perfil redondo, no filudo, de los ángulos de las murallas, me dijo:

—Son como las piedras de Inca Roca. Dicen que permanecerán hasta el juicio final; que allí tocará su trompeta el arcángel.

Le pregunté entonces por las aves que daban vueltas sobre la fortaleza.

—Siempre están —me dijo—. ¿No recuerdas que huaman significa águila? “Sacsay huaman” quiere decir “águila repleta”.

—¿Repleta? Se llenarán con el aire.

—No, hijo. No comen. Son águilas de la fortaleza. No necesitan comer; juegan sobre ella. No mueren. Llegarán al juicio final.

—El Viejo se presentará ese día peor de lo que es, más ceniciento.

—No se presentará. El juicio final no es para los demonios.

Pasamos la cumbre. Llegamos a Iscuchaca. Allí alquilamos caballos para seguir viaje a Abancay. Iríamos por la pampa de Anta.

Mientras trotábamos en la llanura inmensa, yo veía el Cuzco; las cúpulas de los templos a la luz del sol, la plaza larga en donde los árboles no po-

dían crecer. ¿Cómo se habían desarrollado, entonces, los eucaliptos, en las laderas del Sacsayhuaman? Los señores avaros habrían envenenado quizá, con su aliento, la tierra de la ciudad. Residían en los antiguos solares desde los tiempos de la conquista. Recordé la imagen del pequeño cedrón de la casa del Viejo.

Mi padre iba tranquilo. En sus ojos azules reinaba el regocijo que sentía al iniciar cada viaje largo. Su gran proyecto se había frustrado, pero estábamos trotando. El olor de los caballos nos daba alegría.

En la tarde llegamos a la cima de las cordilleras que cercan al Apurímac. “Dios que habla” significa el nombre de este río.

El forastero lo descubre casi de repente, teniendo ante sus ojos una cadena sin fin de montañas negras y nevados, que se alternan. El sonido del Apurímac alcanza las cumbres, difusamente, desde el abismo, como un rumor del espacio.

El río corre entre bosques negruzcos y mantos de cañaverales que sólo crecen en las tierras quemantes. Los cañaverales reptan las escarpadas laderas o aparecen suspendidos en los precipicios. El aire transparente de la altura va tornándose denso hacia el fondo del valle.

El viajero entra a la quebrada bruscamente. La voz del río y la hondura del abismo polvoriento, el juego de la nieve lejana y las rocas que brillan como espejos, despiertan en su memoria los primitivos recuerdos, los más antiguos sueños.

A medida que baja al fondo del valle, el recién llegado se siente transparente, como un cristal en que el mundo vibrara. Insectos zumbadores aparecen en la región cálida; nubes de mosquitos venenosos se clavan en el rostro. El viajero oriundo de las tierras frías se acerca al río, aturdido, febril, con las venas hinchadas. La voz del río aumenta; no ensordece, exalta. A los niños los cautiva, les infunde presentimientos de mundos desconocidos. Los penachos de los bosques de carrizo se agitan junto al río. La corriente marcha como a paso de caballos, de grandes caballos cerriles.

—¡Apurímac mayu! ¡Apurímac mayu! —repiten los niños de habla quechua, con ternura y algo de espanto.

DE CÓMO RUTSÍ SALIÓ DE LA SELVA

Carlota Carvallo

—¡QUIERO ser hombre! —añadió Rutsí—, para que Shambi pueda oír mi voz y para jugar con ella corriendo por el sendero que conduce a su cabaña. Y quiero ser hombre para saber lo que hay detrás de esta inmensidad verde y para ver a dónde alumbra el sol cuando desaparece tras de las altas copas de los árboles.

El Padre Río lo miró extrañado. En realidad, nunca había oído petición semejante de un geniecillo. Cuando lo pensó un poco más, montó en cólera y ordenó al pobre Rutsí que no volviera a incomodarlo con sus impertinencias. Esa noche el Padre Río se agitó turbulento entre su lecho, sin poder conciliar el sueño, y el pobre geniecillo se ocultó entre los platanares, sin tomar parte en las travesuras de sus alegres compañeros.

Pasado algún tiempo, Rutsí se había vuelto tan melancólico que el Padre Río estaba muy preocupado. Entonces lo mandó llamar y trató de disuadirlo con buenas maneras. Le mostró los inconvenientes que hallaría como hombre, lo difícil que sería su vida, acostumbrado como estaba a holgar todo el día libremente, sin conocer los trabajos y penalidades que agobian a los mortales. Pero Rutsí era un geniecillo testarudo y no quiso hacer caso de consejos. Entonces el Padre Río le prometió consultar a la *Runa-Mama*, vieja hechicera que vivía en una cueva solitaria arrancándole sus secretos a la naturaleza. Ella preguntaba al tibi, ave fatídica, que canta en las noches para anunciar las desgracias y al Chuyachaqui, diablo burlón de pies desiguales que se encarga de extraviar al caminante. Ella sabía preparar la pusanga y el *piri-piri*, bebedizos mágicos que utiliza la gente para hacerse querer, y el *ayahuasca* que hace ver el porvenir.

Ella tenía oídos sobrenaturales, abiertos para los ruidos más imperceptibles, y así oyó la llamada del Padre Río y acudió esa noche para platicar con él.

—Uno de mis geniecillos —dijo el venerable viejo—, el más alegre y travieso, desea convertirse en hombre... ¿Qué dices...? ¿Lo puedes hacer?

—¡Oh, buen Padre Río! —contestó la bruja después de saludarlo reverentemente—. ¡Tengo poderes maravillosos, es verdad, pero tú me pides demasiado! Yo podría convertir a ese pequeño y loco espíritu en serpiente o en ave, pero en hombre, ciertamente que no. Si aceptas mi consejo, le daremos, a modo de prueba un cuerpo de pájaro, un pájaro de hermoso plumaje, y se sentirá muy feliz. También es posible que, cuando trate de remontarse sobre las copas de los árboles y se convenza de que es imposible atravesar la selva, porque es un mar verde sin fin, desee volver a ser un geniecillo del río, como lo ha sido siempre.

Rutsí oyó esa noche una llamada misteriosa. Era una lechuza que le enviaba la Runa-Mama para guiarlo a su cueva.

—¿Qué quieres? —le preguntó Rutsí.

—El buen Padre Río ha querido complacerte. Vas a convertirte en un ser de carne y hueso —le contestó la bruja.

Entraron a la cueva y los otros geniecillos que atisbaban curiosamente en los alrededores, oyeron roncadas palabras mágicas y estridentes chillidos.

De pronto rasgó el aire cálido de la noche el vuelo todavía inexperto de un *chirreclés*. Eso era Rutsí desde ese momento: un hermoso *chirreclés*.

Durmió temeroso, acurrucado en una rama, porque ahora debía guardarse de un sinfín de enemigos que antes no conociera. La vida es así en la selva. Unos seres viven a expensas de los otros, y hasta los vegetales se absorben entre ellos, en esa gigantesca lucha por la existencia. Las fuerzas encontradas de la naturaleza crean y destruyen al mismo tiempo, en un vértigo primitivo y salvaje.

Cuando empezaba a alborear, Rutsí despertó sobresaltado. No estaba muy contento de su transformación, pero se consoló pensando que ahora Shambi lo podría ver y escuchar. Para ella sería su canto más bello y el magnífico brillo de su plumaje. Y ya más alegre emprendió el vuelo hacia la choza del cacique, esperando encontrar a la pequeña Shambi.

Pronto la vio dirigirse al río en busca de agua. Rutsí trató de llamarle la atención volando de rama en rama cerca de la orilla, pero Shambi estaba

esa mañana muy pensativa y no reparó en él.

Mientras tanto Uriangari, el hijo mayor del cacique, se entretenía en ensayar su puntería disparando su *pucuna*, rama hueca a través de la cual se soplan pequeñas saetas y en cuyo manejo son muy diestros los indios. Vio al pajarito y pensó que sería un buen blanco para probar su destreza. De pronto, Rutsí sintió un agudo dolor en el corazón y lanzando un lastimero quejido fue a caer desplomado a los pies de Shambi. Esta lo recogió compasiva y lo apretó contra su pecho, pero ya el pobre chirreclés estaba muerto.

Entonces Rutsí, el geniecillo, despojado de su cuerpo, volvió al lado de su Padre Río. Este lo recibió cariñosamente y le dijo:

—Ya no te vuelvas a ir, hijo mío. ¿No vives más feliz entre nosotros?

Pero Rutsí insistió en su deseo de ser hombre.

El Padre Río llamó nuevamente a la hechicera y le ofreció una recompensa si complacía esta vez a su pequeño Rutsí. La Runa-Mama pidió un tiempo de plazo, mientras consultaba a las aves misteriosas de la selva.

Y otra vez la lechuza llamó una noche al geniecillo y la bruja se encerró con él en la cueva, y los otros diminutos espíritus que atisbaban en los alrededores, oyeron un gran estrépito y luego apareció Rutsí completamente transformado.

La Runa-Mama estaba satisfecha. Todos sus conjuros y sortilegios, habían tenido felices resultados. Rutsí se había convertido en una especie de hombrecillo salvaje, con toda la apariencia de un muchacho. Tenía una cara muy linda y unos ojos muy vivos, la tez bronceada y el pelo negro como el alquitrán.

—Serás un hombre, como lo has querido —dijo la hechicera—, y como tal, estarás sujeto a las necesidades y trabajos de la gente. Tendrás inteligencia, pero además te he dado el don de entender el lenguaje de todos los seres. Tu corazón permanecerá sencillo y primitivo. Quiero saber si esto sirve para escudarte de la maldad de los hombres. Pero si algún día sufres, no te quejes de mí. Yo te he advertido que eres un espíritu loco y soñador...

“Y cuando al fin echés de menos la soledad de los bosques y desees re-

gresar a la Madre Naturaleza, nosotros te recibiremos contentos y entonces volverás a ser un espíritu del río como lo has sido siempre...”

Cuando la Runa-Mama terminó de hablar, Rutsí, agradecido, se despidió de ella.

Oculto entre un montón de hojas secas aguardó la llegada de la mañana. Cuando empezaba a filtrarse la luz por los claros del bosque, Rutsí se puso en camino. Quería buscar a la pequeña Shambi pero se hallaba desorientado.

Entonces vio un pajarito parado en una rama cercana y se atrevió a preguntarle:

—¿Sabes tú dónde vive la pequeña Shambi?

—¿Quién, quién? —dijo el pajarito.

—La niña más bella, más dulce que habita la selva...

—¿Quién, quién? —dijo nuevamente el pajarito.

—La que tiene el talle esbelto como el umiro y el rostro más lindo y fragante que la flor de la shía-shía... —Y al decir esto, Rutsí comparaba a Shambi con dos hermosas palmeras.

—¿Quién? ¿Quién? —repetía monótonamente el pajarito...

Rutsí, impaciente, le volvió la espalda. Olvidaba que la avecilla no tenía otro canto y por eso se le llamaba el *quién-quién*.

¡Qué difícil era para nuestro muchacho abrirse paso entre la maleza que le cerraba el camino! Había perdido su agilidad de geniecillo, que le permitía jugar sobre las ondas del río o entre las gotas de lluvia y cabalgar sobre el lomo de las mariposas o en los rayos del sol. Pero estaba tan contento y tenía tantos bríos, que no sentía la menor fatiga.

Anduvo así muchos días, preguntando a cuanta avecilla encontraba a su paso, pero las pequeñas aves se habían vuelto tan desatentas con él que ni siquiera se tomaban el trabajo de contestarle.

Vio también monos de infinitas clases. Los maquisapas eran los más simpáticos, con su pelaje negro brillante y su larga cola. Saltaban ágiles entre

las ramas, riéndose de él y arrojándole cocos. Se preguntaban, seguramente, de dónde había salido ese pequeño ser tan ridículo. Una mona vieja insistió en que la acompañara hasta las ramas más altas de una inmensa *lupuna*. Rutsí trataba de complacerla, pero demoró un buen rato hasta llegar a la copa. Los traviesos monitos se balanceaban colgados de las lianas, mientras reían divertidos. Después le obsequiaron frutas y semillas, que él saboreó con placer. Cuando estuvo satisfecho se despidió de los maquispas y continuó su camino.

De pronto se desató una furiosa tempestad; la lluvia caía como un diluvio. El huracán arrancaba de cuajo árboles enteros. Rutsí, completamente mojado y resbalando a cada instante, corría por la floresta. Así pasó toda la noche y al amanecer escuchó muy cercano el murmullo del río. Cuando llegó a la orilla vio con júbilo que frente a él, sobre una *barbacoa*, o armazón de troncos, se levantaba la cabaña del jefe indio, techada con hojas de *camona*. En la puerta se hallaba sentado Uriangari. Rutsí lo saludó, pero el muchacho miraba distraídamente hacia el río.

Poniendo las manos como una corneta, Rutsí le gritó aún más de cerca:

—¡Uriangari! ¡Uriangari!

El aludido se sorprendió al verle.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Soy tu amigo. ¿Dónde está tu hermanita, la pequeña Shambi...?

Se entristeció la cara del muchacho salvaje y repuso:

—Shambi ya no está aquí.

Y luego le contó cómo su padre había muerto en un combate con los hombres blancos y estos se habían llevado consigo a la pequeña Shambi, según decían, para que trabajara en los cafetales.

—¿Y hacia dónde fueron? —preguntó Rutsí muy afligido.

—Los vi alejarse remontando el río —dijo el muchacho, y luego añadió—: Búscala tú si lo deseas, pero yo no te acompaño. Prefiero quedarme con los hombres de mi tribu.

Y se ofreció a hacerle una pequeña embarcación en que Rutsí pudiera navegar. Cortó una rama de *águano* y estuvo trabajando todo el día.

Entre tanto, Rutsí quiso despedirse de su Padre Río. Llamó también a los geniecillos de la selva pero no los pudo ver. Oyó solamente sus voces y así supo que lo acompañarían durante su viaje. También oyó la voz grave del Padre Río que le decía:

—No te fíes de los hombres, mi pequeño Rutsí. No creas demasiado en sus palabras. Y recuerda que solo volverás a nosotros cuando ese cuerpo que te hemos dado haya perecido. Ahora, aquí tienes mi regalo.

Ante los ojos del asombrado Rutsí apareció un arco con tres flechas de plata.

Y el Padre Río añadió:

—Guárdalo, que te puede servir.

Al caer la tarde estuvo lista la pequeña canoa con un solo remo, donde Uriangari había puesto unas cuantas provisiones para el viaje. Le enseñó a manejarla y se despidió de él deseándole buena suerte en la travesía.

Y así fue como nuestro pequeño salió de la selva para encontrar al hombre y a la civilización...

LAS CHICAS DE LA YOGURTERÍA

Pilar Dughi

—En esta ciudad no se puede ser alegre y bonita —rezongó Lucha— porque la gente murmura.

La mujer pareció no entenderla.

—Olvídelo, estaba pensando en voz alta —continuó.

—¿Usted la conoce? —preguntó la mujer.

—Bueno la he visto en la yogurtería.

—Ah, Luchita, mejor no se junte con ella —afirmó sentenciosa la mujer, que era una empleada de la municipalidad muy habladora y concedora de los chismes de la localidad. Le gustaba comentárselos a Lucha cada vez que la veía. Lucha sonrió débilmente y se despidió. La mujer le hacía perder tiempo.

Desde que llegó a Ayacucho, hizo algunas amistades sin mucho esfuerzo. Tenía cinco meses en la ciudad y ya era conocida como administradora de un proyecto de desarrollo rural. Se había presentado ante las autoridades locales con las que tenía que coordinar por razones de trabajo: profesores de la universidad, directores de instituciones afines, y hasta con el obispo auxiliar. El proyecto era de cierta envergadura, y le habían aconsejado en Lima que estableciera buenas relaciones con el gobierno regional.

Un día, a las pocas semanas de su arribo, se encontró con una antigua conocida, una psicóloga que, le explicó, vivía hacía un año en Ayacucho. Era originaria del lugar, y, como ella, desde que la zona se estaba pacificando muchos habían regresado a establecerse de nuevo. El turismo se había incrementado, se abrían nuevos negocios y hostales.

—Mi marido ha puesto un restaurante en la Cámara de Comercio ¿Por qué no vienes? —le propuso la mujer.

Le daba pereza cocinar todos los días y se acostumbró a ir a almorzar al local de la Cámara de Comercio. Como el lugar estaba regularmente vacío a partir de las dos de la tarde, entonces ella se compraba el periódico e iba a comer tranquilamente. Por las tardes cuando estaba libre, daba una

vuelta por la ciudad. Luego hacía un paseo por las inmediaciones de la plaza central, tratando de conocer las tiendas, las farmacias y los restaurantes. Así fue que encontró un pequeño comercio donde se expedían productos lácteos y hierbas naturales, pero la especialidad de la casa era un yogurt natural que se preparaba con plantas aromáticas, a pedido de los clientes. La dueña, una mujer de unos treinta años, que atendía detrás del mostrador, tenía el cabello largo y ondulado teñido de rubio. Era de facciones finas, piel sonrosada y ojos sombreados con lápiz delineador de color negro, que le daban una apariencia oriental. Desde el principio fue muy amable.

—Tú no eres de aquí —le dijo con convicción. Lucha se presentó como estaba acostumbrada a hacerlo. Pensaba que en una ciudad donde la mayor parte de la gente se conocía, una debía ser cordial.

Se llamaba Charito y conocía bastante de productos naturales. Le habló del germen de trigo y le mostró con orgullo una colección de infusiones medicinales de las que se vendían en el mercado.

—La diferencia, es que yo selecciono las mejores hierbas —le explicó Charito—, y si no conoces su uso, es mejor que compres los productos ya escogidos.

Hablaron de dietas y de cómo conservar mejor la piel en el clima serrano. Lucha era de la costa, y tenía los labios y el cutis resecaos. En ocasiones había sufrido de gastritis y reacciones alérgicas de causa desconocida.

—Lo mejor para tu estómago es el ajenjo —y le alcanzó una bolsa de hojas secas—. Lo prepararás en infusión y lo tomas unas dos tazas diarias.

Lucha agradeció.

—Si lo mezclas con cáscaras de naranja, es bueno para el mal aliento —añadió Charito con picardía.

Desde entonces, Lucha se convirtió en una compradora asidua. El yogurt natural era lo único que tomaba durante el día y cuando tenía apetito. La comida serrana le producía gases y la digestión se le hacía pesada.

Cuando caminaba por las calles, la gente la saludaba. Ella a veces no recordaba bien los rostros o los nombres, pero siempre respondía con una

sonrisa. Poco a poco la fueron invitando a fiestas y reuniones. Conoció a músicos notables y participó en festejos y pachamancas. Alquiló una pequeña casita en Dos de Mayo, una calle colonial que se serpenteaba cerca del río. Tenía un alto portón de madera, un pequeño jardín sembrado con jacarandás, tunas, girasoles y retamas. A veces llegaban bandadas de palomas que se posaban en los techos vecinos. Ella les dejaba pedacitos de pan que los animales picoteaban sin ninguna timidez. Como se sentía un poco sola, compró un televisor que mantenía generalmente encendido para escuchar el noticiero nocturno.

En la sala de entrada se habilitó una oficina para recibir a la gente del trabajo. Colocó algunos taburetes sobre los cuales distribuyó publicaciones y documentos que el público podía consultar. Instaló un teléfono en el dormitorio y amplió las conexiones de luz. Cuando necesitaba a un carpintero o gasfitero, consultaba a los conocidos con los que se encontraba en las calles. No había agua en todo el día, así que a partir de las once de la mañana juntaba el líquido en grandes recipientes para poder lavar y asearse. Ese era un problema antiguo de la ciudad. La gente decía que la población aumentaba tanto, que ya las cañerías no se abastecerían hasta que inauguran una nueva central de irrigación que era el sueño de toda la región.

A veces se aburría, así que adquirió una bicicleta y por las tardes se dedicó a pasear a lo largo de la calle. Se ponía unas mallas de gimnasia y hacía invariablemente el mismo recorrido. Bajaba por la avenida hasta el río y volvía remontando la pendiente. Notó que al atardecer un grupo de vecinos solía sentarse en la vereda y conversar hasta caer la noche. Bebían cerveza y la miraban pasar. Uno de ellos, de unos cincuenta años, con nariz prominente y piel enrojecida, la contemplaba fijamente cada vez que ella regresaba exhausta de su recorrido.

—Qué rica hembra, mueve tu culito —le decía cuando pasaba.

Lucha le devolvía una mirada furiosa.

—Muévete, muévete —le contestaba el tipo.

Los otros tipos se reían y Lucha trataba de evitarlos pero se sentaban muy cerca de su portón y era imposible.

—¿No quieres chupármela? —le dijo un día el tipo.

Lucha se le acercó.

—¡Huevón! ¡Cállate! —le contestó.

El hombre se puso rígido.

—¡Déjala! ¡Déjala! —le gritaron los otros. Uno le cogió el brazo y lo jaló hacia ellos.

—Putade mierda —masculló el hombre.

Desde entonces, Lucha redujo sus horas de deporte. Supo que el hombre vivía en la casa de al lado. No había reparado antes en él, pero ahora lo veía con frecuencia en la bodega y en el horno donde compraba el pan. El hombre parecía mirarla con rabia. Lucha dejó de saludar indistintamente a los vecinos, porque ya no sabía cuáles eran los groseros que podían tener amistad con aquél. Cuando lo veía, evitaba su rostro, y lo esquivaba cuando lo cruzaba por la calle.

Para entretenerse, acudía a la biblioteca de la universidad. Ahí se encontró con un profesor que era bastante gentil y tenía cierta autoridad fundada en sus largos años de docencia. Intercambiaron libros y luego se encontraron en algunas reuniones. Conoció a su esposa, una mujer joven y pálida que la saludaba con cortesía. Una vez el profesor le prometió un libro que supuso sería muy útil para Lucha. Ella lo fue a buscar varias veces a su oficina, pero no lo encontró. Una noche, el profesor tocó la puerta de su casa. Ella lo recibió con alegría y lo hizo pasar a la sala. El hombre parecía algo nervioso. Lucha no supo qué hacer y le invitó un café.

—Te has acostumbrado bastante bien —le dijo él.

—Más o menos —contestó ella—. La falta de agua me molesta. Es penoso tener que recolectarla todos los días.

A Lucha le complacía tener relación con la gente de la universidad. Sentía que podía conversar de las reflexiones que le suscitaba su trabajo, las noticias locales y los libros que leía. La principal forma de enterarse de lo que pasaba en la ciudad era intercambiando opiniones con ellos. Ya que no había un periódico regional, la radio y los encuentros personales eran una forma de estar informada.

—¿Y qué te parecemos los ayacuchanos?

—Oh, han sido muy hospitalarios conmigo. Lo único que no me gusta es que beben mucho en las reuniones y si una no quiere hacerlo, se molestan. Lo toman como una afrenta.

—Ah, eso es en toda la sierra —exclamó él—. El campesino bebe en sus fiestas patronales durante días. Todos, hombres y mujeres, hasta perder el sentido.

—Sí, ya lo sé, pero es excesivo.

—Es un pretexto para poder llorar —comentó él— sin tener vergüenza.

Y a continuación contempló el techo alto de la sala.

—Esta casa es muy antigua, tiene techos de bóveda —señaló—.

—Es muy fresca cuando hace calor.

—¿Puedo ver la casa? —inquirió él.

—Sí, claro —respondió ella.

Él se levantó y se dirigió hacia la cocina, que daba al patio.

—Bonita casa —dijo y luego se acercó hacia el cuarto que estaba al lado de la sala. Era el dormitorio de Lucha.

—Tienes una cama matrimonial —le dijo.

Y la miró con curiosidad. Lucha se sintió incómoda.

—¿No tienes frío? —le dijo él y trató de rodearle los hombros.

Lucha se apartó rápidamente.

—No —contestó irritada.

—Es una cama muy grande para ti —respondió él, tratando de abrazarla de nuevo.

Lucha salió inmediatamente del dormitorio.

—Ya es muy tarde —le dijo—, es mejor que te vayas.

El hombre salió detrás de ella y se puso la casaca que había dejado sobre la silla del comedor.

—Anda a buscarme a la universidad cuando quieras —le dijo mientras Lucha le abría la puerta.

Lo despidió de un portazo. Estúpido, pensó. ¿Qué se ha creído ese cirio? Se preparó un mate de coca y antes de acostarse puso el cerrojo en todas las puertas.

La época de lluvias había llegado y el clima se volvió húmedo. Por las mañanas tenía congestión nasal y comenzó a toser en forma intermitente. Se encontró con Charito que conversaba con dos amigas en uno de los portales de la plaza.

—Yo creo que debes tomar canchalagua —le recetó Charito—. Además de ser buena para el resfriado, facilita la digestión y la puedes tomar con limón como refresco.

La presentó a sus acompañantes. Eran dos chicas altas, algo gorditas, no pasaban de treinta años y eran bastante guapas. Llevaban el cabello largo, ondulado y suelto sobre los hombros.

—Son mis amigas —le dijo Charito—; cuando quieras, podemos hacer footing hasta el aeropuerto los domingos por la mañana.

Era una costumbre en la ciudad correr a lo largo de la carretera los fines de semana desde horas muy tempranas. El camino hacia el aeropuerto era la distancia preferida por los deportistas. Jóvenes y adultos de ambos sexos enfundados en buzos de colores practicaban el deporte todos los domingos. Lucha aceptó la invitación, pero no quedaron en nada concreto. Caminó hacia el mercado a comprar algunos quesos de cabra para enviar a Lima. En la calle distinguió al mayor de policía, un hombre canoso y fortachón que era muy conocido entre los ayacuchanos. Cruzaron algunas palabras de simpatía. Lucha le estaba agradecida porque siempre le resolvía algunos problemas que no faltaban en el trabajo, como los permisos que a veces tenía que recabar para que los promotores del proyecto pudiesen viajar a la zona de la selva ayacuchana con algunos productos, como el kerosene, que estaban restringidos por la presencia del narcotráfico en la región.

—Te he visto conversando en la plaza —le dijo el mayor.

—Ah, sí, con Charito y sus amigas.

—No es una buena compañía, Luchita —le contestó.

—¿Por qué? —inquirió sorprendida.

—Yo sé lo que te digo, Luchita —insistió el mayor.

—¿Pero no era su amiga? Yo también te he visto conversando con ella.

—Por eso mismo, Luchita, yo la conozco —respondió él moviendo la cabeza con cierto tono de censura.

Lucha se quedó callada. Se despidió de él y continuó caminando. Sintió que le invadía la cólera. ¿Y ahora de qué se trata? Es porque son bonitas, y si son alegres, peor, se dijo. Estuvo reflexionando en ello los días siguientes, y recordó algunas escenas. Recordaba haber visto a las chicas en la yogurtería en las tardes, platicando entretenidamente con algunos parroquianos a la hora en que la gente salía a pasear por la plaza. Era un trío que no dejaba de ser llamativo en la esquina de la tienda.

Aquella semana llovió intensamente, y el muro de adobes que rodeaba parte del patio interior de su casa se desplomó con la lluvia torrencial. Tuvo que hablar con la dueña y contratar a un par de albañiles para que le reconstruyeran la pared. Una noche en que se encontraba cocinando, descubrió que se había robado la ropa colgada en el cordel.

Asustada y provista de una linterna, revisó sus pertenencias y vio que además se habían llevado varias cajas con medicinas y alimentos. Como todavía no estaba terminada la pared derruida, tuvo miedo. Se dio cuenta de que era muy fácil introducirse a la casa desde la calle. Llamó a la policía.

Cuando llegaron los gendarmes recorrieron las calles laterales y los vecinos se alarmaron. Lucha les contó que le había robado. Uno de los muchachos vecinos se ofreció a subirse a los techos a revisar si había huecos. Era el hijo del hombre grosero que le hacía comentarios vulgares cuando ella paseaba en bicicleta. Al poco tiempo llegó el tipo furioso.

—Esa mujer es una loca —les gritó a los policías señalando a Lucha—, se ha peleado con todos los vecinos.

Y llamó a su hijo dando alaridos.

—Oiga, idéjelo! —protestó Lucha— él me está ayudando.

El hombre cogió del brazo a su hijo y lo arrastró dándole empujones hacia su casa. Los policías tranquilizaron a Lucha.

—Ese tipo es un malcriado —les dijo indignada—, es un descarado.

Una vecina le explicó confidencialmente a la Lucha que ese hombre era un antiguo policía que había sido dado de baja por comportamiento violento. Le pegaba a su mujer y a sus hijos y era un borracho. Lucha se despidió de todos y se encerró en su casa. Inspeccionó los seguros de la puerta y ventanas y decidió comprarse candados grandes para instalarlos al día siguiente. La imagen del tipo exaltado alardeando en medio de la calle le molestó. Resolvió tener más cuidado. Los vecinos no eran todos de fiar.

Al día siguiente al atardecer, cuando regresaba de hacer las compras de la semana, vio a un grupo de chicos jugando en la acera de su casa. Entre ellos distinguió al hijo del vecino, el muchacho que había intentado ayudarla la noche anterior.

—Por culpa de ésa, mi papá me ha roto el poto anoche —exclamó el chico con rabia y le dirigió una mirada cargada de violencia. Los otros la miraron también. Lucha se sintió desnudada. Ingresó inmediatamente a la casa y cerró con fuerza el portón.

Tenía una reunión por la noche y pensó que le convenía salir para despejarse un poco. Casi no había podido trabajar en la oficina apurando a los albañiles para que terminara la construcción y buscando a un cerrajero. Aunque era día de semana y prefería acostarse temprano, tenía cierta aprehensión y temía no poder dormir. Se preparó una infusión de azahar muy cargada y se fue a la fiesta. Era un grupito pequeño, gente que trabajaba en algunas instituciones que conocía y había también algunos desconocidos. A media noche todos danzaban huaynos y uno de los invitados la sacó a bailar.

—¿Qué hace una mujer solita en Ayacucho? —le preguntó mientras bailaban.

—¿Me conoces de algún sitio? —respondió inquieta.

—Aquí todos nos conocemos —contestó él desdeñosamente.

Alguien bromeó y dijo que Lucha no estaba sola sino que era amiga de todos los visitantes asiduos de la Cámara de Comercio. La gente estaba ya borracha y reía. ¿Cómo iba a estar sola Luchita? Siempre estaba bien acompañada, decían jocosamente. Lucha tuvo súbito miedo. ¿Todos sabían dónde vivía? ¿Que estaba sola? El resto de la noche estuvo ensimismada y pidió a una de las mujeres que la acompañara a tomar un taxi en la plaza. Una pareja de esposo se ofreció a llevarla. Las calles estaban bastantes oscuras y la iluminación era muy débil. Al llegar a su casa abrió el portón y cruzó raudamente el jardín. Cerró las puertas y las aseguró con candados. Tengo que poner más luces afuera, pensó. Revisó su linterna y notó que le faltaba una pila. No sirve para nada, razonó, y la arrojó sobre la mesa. Recolectó velas y fósforos y los puso sobre la mesa de noche. Trató de dormir, pero escuchaba ruidos en el techo. Las paredes eran de quincha, al estilo de las construcciones antiguas, de barro y caña, y crujían permanentemente. Era imposible distinguir pasos humanos o pisadas de gatos. Al menos ruido, llamo a la policía, pensó. La puerta del patio era de listones de madera y de consistencia frágil. De una patada la pueden destrozar, se dijo. Pero ella escucharía los ruidos y correría hacia la calle. ¿Tendría tiempo de cruzar el jardín? Se dio vueltas en la cama durante la noche sin poder conciliar el sueño. Se levantó de madrugada al escuchar las campanadas de la iglesia vecina. Por primera vez desde su llegada a la ciudad sintió que era una foránea. Aquel día decidió no comprar yogurt a pesar de que se le había acabado. No quería pasar por la tienda y que la vieran conversando con Charito y sus amigas.

Cuando iba a la municipalidad a recoger unos documentos, se encontró con una señora muy conocida, directora de una institución y que pertenecía a una vieja familia ayacuchana.

—Ay, Luchita —le dijo afligida—. No sé si ya sabes lo que ha pasado. Una desgracia, una verdadera tragedia.

—No, no sé nada —contestó Lucha.

—Quién lo iba a decir, aquí, en la ciudad, ya ha llegado la plaga.

—¿Qué ha pasado?

—La gente está comentando en todos los sitios, hijita. La semana pasada una paciente murió de sida.

—¿Cómo?

—Sí, de sida, imagínate.

—¿Cómo ha sabido usted?

—Me lo comentaron en el consultorio del doctor Capuñay.

Era el dentista del hospital.

—Me lo ha dicho también la señora Rojas, la obstetrix —exclamó compungida la mujer—. Tenemos que hacer algo por nuestra juventud.

—Bueno, es una pena, pero así ocurre en todo el país, lamentablemente.

—Pero tenemos que detenerlo ahora, antes de que sea demasiado tarde. Tanta corrupción, tanto alcohol —continuaba la mujer— hay mucha vida indecente, demasiada inmoralidad.

Aquel día en la Cámara de Comercio, cuando Lucha fue a almorzar, la dueña se acercó a conversar con ella.

—Dicen que van a hacer campañas preventivas en los colegios — le explicó a Lucha—. Ha estado aquí el director de la Región de Salud con otros médicos y con el mayor de la policía. Va a hacer un despistaje.

—¿Un despistaje? Pero tendrían que hacérselo a toda la población.

—No, pues —alegó la mujer—, a todos los sospechosos.

—¿Y cómo van a saber quiénes son los sospechosos? Es imposible.

—Luchita, se sabe, eso aquí se sabe — afirmó la mujer con seguridad.

Lucha rió.

—Están locos.

La mujer la miró desconcertada.

—Pero el mal recién ha comenzado. Además, aquí todos nos conocemos y eso facilita la intervención, dicen los médicos — continuó.

Ella se alzó de hombros y pidió un menú. Comió sin mucho apetito pen-

sando en el trabajo que tenía atrasado. Aquí son unos chismosos, caviló mientras intentaba pasar algunas cucharadas de sopa de verduras. De segundo había estofado de pollo que se vía muy grasiento, así que apenas pudo comer el arroz con un poco de zanahorias guisadas.

A los tres días fue a una de las bodegas más surtidas de la ciudad, que quedaba bajo uno de los portales de la plaza. Se encontró con uno de los abogados que trabajaban en el juzgado.

—¿Ha sabido ya Luchita? —le pregunto él.

—¿Qué?

—Lo del sida.

—Sí, ya me han contado.

—Han detenido a varios sospechosos.

—¿Pero cómo van hacer eso?

—Yo sé de nueve personas que se los han llevado al hospital a hacerles análisis.

—Pero no puede ser—exclamó Luchita asombrada.

El abogado continuó distraídamente.

—Que tal castigo. Es como la sífilis antiguamente, de noche con Venus y de día con arsénico. Porque se medicaba con arsénico. Muchos se morían con la cura, ¿sabía usted?

Lucha ya no escuchaba.

—Es una llamada de atención para los muchachos, para la gente de vida ligera, digan lo que digan, es como para enfrentar el abandono de las buenas costumbres. La sociedad ayacuchana de tanto sufrir con el terrorismo se ha relajado mucho—exclamó sombríamente.

Lucha se despidió precipitadamente y salió del local. Al dar la vuelta a una esquina se tropezó cara a cara con la empleada que trabajaba en la municipalidad.

—Luchita, Luchita ¿adónde vas tan apurada? Hace tiempo que no te veo.

—Uf, he tenido mucho trabajo—contestó.

—Oye, se han llevado a las mujeres esas, a las de la yogurtería.

—¿Cómo?

—Sí, a varios los han llevado al hospital para ver si estaban contagiados de sida. A las tres mujeres también les han obligado a hacerse el examen.

—¿Pero por qué? ¿Cuándo?

La mujer abrió los ojos.

—¿Cómo que por qué? Por prevención, pues. Porque una de ellas trabajaba en el hospital y allá todo el mundo se ha enterado. Ayer las obligaron a ir. Imagínate. Con el mayor policía y todo.

—Ah, bueno, qué sorpresa — contestó Lucha automáticamente.

Continuó caminando sin levantar la vista. Al llegar a la esquina vio a Charito que estaba parada en la puerta de la tienda, como siempre. Cruzó la vereda, pero no pudo evitar que sus ojos se encontraran con los de ella. Volvió entonces la cara sin saludarla y desapareció presurosa por otra calle.



NUDO IV

MI PARTIDA DE AREQUIPA

Flora Tristán

El viernes 25 de abril Mr. Smith vino a recogerme a las siete de la mañana. Estaba ya lista para montar a caballo y mis facciones no demostraban ninguna agitación. Sentía, sin embargo, una viva emoción al abandonar esos lugares. Dejaba la casa donde había nacido mi padre y donde creí encontrar un asilo; pero durante los siete meses que habité en ella sólo ocupé la morada de un extraño. Huía de esta casa en la cual había sido tolerada, pero no adoptada. Huía de las torturas morales que sufría y de las sugerencias que me inspiraba la desesperación. Huía para ir ¿dónde?... Lo ignoraba. No tenía plan y, harta de decepciones, no formaba proyectos. Rechazada en todas partes, sin familia, sin fortuna o profesión y hasta sin nombre, iba a la ventura, como un globo en el espacio que cae donde el viento lo empuja. Dije adiós a esas paredes, invocando en mi ayuda la sombra de mi padre. Abracé a mi tía y la compadecí de todo corazón por su dureza para conmigo. Abracé a sus hijos y los compadecí también pues ellos tendrán a su vez días de aflicción. Dije adiós a los numerosos servidores reunidos en el patio, monté a caballo y dejé para siempre aquel asilo ocasional para entregarme a la merced de Dios. Mi tío, mi primo Florentino y muchos otros amigos vinieron a acompañarme.

Avanzábamos en silencio. Las personas que me rodeaban admiraban mi gran valor y se asustaban de él. Mm. Le Bris y Viollier estaban tristes y mi tío parecía estarlo también. En cuanto a mí, una voz secreta me tranquilizaba. Sentía como por instinto que Dios no me había abandonado.

Nos detuvimos en Tiabaya. Mis miradas se dirigieron hacia Arequipa y su valle encantador, después sobre mi tío... Asaltada a la vez por mis recuerdos sentí una cruel aflicción y las lágrimas me sofocaban. Los señores callaban y parecían adivinar lo que pasaba en mi alma. M. Le Bris me dijo:

—Querida señorita, si quiere usted regresar a Arequipa todavía es tiempo. Sus amigos la ayudarán a llevar una vida si no brillante por lo menos tranquila y fácil. Le apreté la mano y di al mismo tiempo la señal de partida. En el lugar donde nos encontrábamos el camino era estrecho, pasé por

delante y atravesé así la población. Cuando estuvimos en campo raso me detuve para esperar a mi tío, pero no lo vi más... M. Le Bris me dijo que, para evitar-me la emoción del último adiós, había aprovechado el recodo formado por el camino para regresar a Arequipa sin que yo lo viera. Todo había acabado... ya no debía volver a ver a mi tío... ¡No podría expresar cuán penoso era para mí este pensamiento! Ese tío que me había hecho tanto mal, cuya conducta dura e ingrata me obligaba a vagar sobre la tierra, como el pájaro en la selva, sin tener la existencia más segura que aquél. Ese tío que no había tenido para mí un acto de justicia y cuya avaricia había aventajado en su corazón el afecto y la compasión. ¡Pues bien! ¡Lo quería! ¡Lo quería *contra mi voluntad!* ¡Tan duraderas y poderosas son las impresiones de la infancia! Sentía tan vivo dolor que vacilé un momento en regresar a Arequipa únicamente para ver de nuevo a mi tío, conjurarle que me quisiese y olvidar que retenía mis bienes.

¡Tal era la necesidad que sentía de su afecto! ¡Ah!, ¿quién puede explicar las aberraciones del corazón humano? Amamos, odiamos, así como Dios lo quiere, sin poder, a menudo, señalar el motivo.

¡Ah!, idesgraciada organización social! Si no hubiese estado obligada a disputar con mi tío por mi herencia nos hubiésemos amado sinceramente. Su carácter de hombre público no me inspiraba ninguna simpatía, pero el resto de él me agradaba. Jamás he encontrado un hombre cuya conversación fuese más instructiva, las maneras más amables y los chistes más graciosos.

En Congata encontramos listo un buen almuerzo debido a la galantería del muy amable Mr. Smith. Vi de nuevo al pequeño Mariano, crecido y embellecido. Quería de todos modos venirse conmigo a Francia. Ese querido niño tenía una expresión admirable cuando me decía: "*Mi Floritay*"⁴ diga a esos extranjeros que nos dejen solos, me molestan y tengo que hablarle". Nos quedamos en casa del señor Nájar hasta que pasó un poco el calor. Hacia las doce del día comenzó a soplar el aire del mar y nos pusimos en camino.

4 El diptongo ay al final de los nombres les da una dulzura acariciadora. No se le emplea sino para hablar a las personas a quienes se ama tiernamente. (N. de la A.)

Al separarme de mis dos mejores amigos Mm. Le Bris y Viollier sentí un sincero pesar. Durante siete meses me habían prodigado muestras de interés de toda clase y sentía por ellos la más sincera amistad.

Mr. Smith tenía por sirviente a un chileno muy inteligente y mi tío me había dado un hombre de confianza para acompañar-me y servirme hasta el momento de mi embarque. Además debía a la graciosa galantería del coronel Escudero una guardia de seguridad. El teniente Mansilla con dos lanceros estaban encargados por él de mi defensa.

Este viaje fue mucho menos penoso que el anterior. Iba provista de las cosas necesarias para precaverme, en cuanto fuese posible, del sol, del viento, del frío, de la sed y, en una palabra, de todos los sufrimientos del desierto. Tenía dos buenas mulas para poder cambiar de montura. Además, Mr. Smith tuvo la extrema cortesía de poner su segundo caballo a mi disposición. Mi tía Joaquina me había prestado dos sillas, una inglesa para el caballo y otra más apropiada para las mulas. En fin, los cuidados con que me rodeaba Mr. Smith me hicieron encontrar en él a un segundo don Baltazar con diez años de experiencia en esta clase de viajes que no cedía en nada al primero.

Cuando llegamos a la cima de la primera montaña nos detuvimos. Bajé del caballo y fui a sentarme en el mismo sitio donde meses antes me habían depositado moribunda. Permanecí allí largo rato admirando el delicioso valle de Arequipa. Le di mis últimos adioses. Contemplé la forma extraña con que aparecía la ciudad y al sucederse mis pensamientos soñaba en que, libre y dueña de poder asociarme a un hombre de mi agrado, hubiese podido gozar allí de una vida tan feliz como en cualquier país de Europa. Esas reflexiones me entristecían y estaba emocionada.

—Señorita, me dijo Mr. Smith, quien recorría el mundo desde los diecisiete años y no concebía que se pudiese echar de menos Arequipa, ésta es una bonita ciudad sin duda, pero aquélla adonde vamos es un verdadero paraíso. Ese volcán es soberbio y yo querría ver uno semejante en Dublín. Aquellas cordilleras son magníficas. Sin embargo, usted convendrá en que debe atribuirse a esa vecindad el viento frío y volcanizado y eso haría atra-

biliario el carácter más alegre y más dulce de toda Inglaterra. ¡Ah! ¡Viva Lima! Cuando no se puede ser miembro del parlamento, con 10 000 libras esterlinas, hay que vivir en Lima.

Fue así como la alegría natural y llena de espíritu de Mr. Smith desviaba el curso de mis pensamientos.

Al ir de Arequipa a Ilay se tiene el sol por detrás y el viento de frente. Por consiguiente se sufre mucho menos con el calor que al ir de Ilay a Arequipa. Hice el camino muy bien, sin gran fatiga y como mi salud había mejorado me encontré más fuerte para soportarlo que cuando hice mi primer viaje. A las doce de la noche llegamos al tambo. Me eché vestida sobre la cama mientras preparaban la comida. Mr. Smith poseía un talento milagroso para salir de apuros en el viaje. Se ocupaba de todo, de la cocina, de los arrieros, de los animales y todo esto con una ligereza y un tacto admirables. Ese inglés, que era un joven elegante de treinta años, en todo lo que hacía ponía la misma distinción de modales y hasta en el desierto se reconocía al *dandy* de salón. Pudimos hacer, gracias a sus cuidados, una excelente comida, después de la cual nos dedicamos a conversar pues ninguno de nosotros pudo dormir. A las tres de la mañana nos pusimos en camino. El frío era tan fuerte que me cubrí con tres ponchos. Al sobrevenir la aurora me sentí dominada por un sueño invencible y rogué a Mr. Smith que me dejara dormir siquiera media hora. Me apeé y sin dar tiempo al sirviente para extender la alfombra quedé tan profundamente dormida que no se atrevieron a molestarme para acomodarme mejor. Me dejaron así una hora. Me sentí muy bien después de este sueño. Nos hallábamos entonces en pampa rasa y monté a caballo para atravesar esta inmensidad siempre a todo galope.

Mr. Smith dudaba mucho de que yo pudiese seguirlo. Para animarme no cesaba de desafiarme. Yo aceptaba el desafío y tenía a honra ir siempre delante de él, unos quince o veinte pasos. Con esta manera de estimularme obtuvo el resultado que esperaba. Pronto me convertí en excelente amazona. Hice galopar tan bien mi caballo, cuidándolo al mismo tiempo, que el oficial Mansilla no pudo seguirme y menos aún los dos lanceros. Por fin Mr. Smith se vio obligado a pedirme gracia para su hermosa yegua chilena a la cual temía fatigar demasiado.

A las doce del día llegamos a Guerrero e hicimos alto. Comimos bajo la fresca sombra de los árboles. Enseguida arreglamos lechos en el suelo y dormimos hasta las cinco. Ascendimos a paso lento la montaña y llegamos a Islay a las siete. Grande fue la sorpresa de don Justo cuando me vio. Este hombre, que es de una bondad y de una hospitalidad extrema con todos los extranjeros, me prodigó muchas atenciones. Islay había cambiado mucho de aspecto desde mi última estada allí. Esta vez no me invitaron a ningún baile. Nieto y sus valientes soldados habían devastado todo durante las veinticuatro horas que permanecieron en la población. Además de la requisita de víveres, cometieron extorsiones de toda clase con el propósito de arrebatar dinero a los desgraciados habitantes. El pueblo estaba en la desolación y el bueno de don Justo no cesaba de repetirme:

—¡Ah, señorita! Si no estuviese tan viejo me iría con usted. Las guerras continuas que destrozan este país lo han hecho inhabitable. He perdido ya a dos de mis hijos y espero en cualquier momento tener noticia de la muerte del tercero que sirve en el ejército de Gamarra.

Me quedé tres días en Islay en espera de la salida de nuestra embarcación y los habría pasado muy tristemente sin la sociedad de Mr. Smith y de los oficiales de una fragata inglesa, anclada en la bahía, con quienes trabé amistad. Nunca había encontrado, y me complazco en recordarlo, oficiales tan distinguidos por sus maneras y su espíritu como los de la fragata “The Challenger”. Todos hablaban francés y habían vivido en Francia algunos años. Esos señores, siempre vestidos de paisanos, eran notables por su indumentaria de una limpieza exquisita y de una elegante sencillez. El comandante era un hombre soberbio, de una hermosura ideal. Sólo tenía treinta y dos años, pero una profunda melancolía pesaba sobre él. Sus actos y sus palabras tenían un sello de tristeza que me daba pena. Pregunté la causa a uno de sus oficiales el cual me dijo:

—¡Ah! Sí, señorita, su tristeza es muy grande. Mas el pesar que lo origina es también el más doloroso del mundo. Desde hace siete años está casado con la mujer más hermosa de Inglaterra. La ama locamente, es igualmente correspondido y, sin embargo, debe vivir separado de ella.

—¿Quién le impone esa separación?

—Su estado de marino. Como es uno de los capitanes de fragata más jóvenes, lo mandan constantemente a lugares lejanos en viajes que duran tres o cuatro años. Hace tres años que estamos en estos parajes y no regresaremos a Inglaterra antes de quince meses. Juzgue el cruel dolor que tan larga ausencia debe hacerle sentir...

—¡Que debe hacerle sentir!... ¿No tiene, pues, fortuna para tener que seguir una carrera que lo tortura a él y a aquélla a quien ama?

—¡Fortuna! Tiene 5 000 libras esterlinas de renta y su esposa, la más rica heredera de Inglaterra, le ha llevado 200.000 libras de dote. Es hija única y tendrá aún dos veces más a la muerte de su padre.

Quedé admirada.

—Entonces, señor, explíqueme, ¿qué potencia obliga a su comandante a estar alejado de su esposa durante cuatro años, a morir de consunción a bordo de su fragata y a condenar a tan hermosa criatura al dolor y a las lágrimas?

—Es preciso que llegue a una alta posición. Nuestro comandante obtuvo de su padre esta rica heredera sólo a condición de seguir en su profesión hasta que sea almirante. Ambos jóvenes consintieron y para cumplir esta promesa él debe recorrer los mares durante diez años más, por lo menos, pues es en la ancianidad cuando, entre nosotros, se hacen las promociones.

—¿Así es que el comandante se cree obligado a vivir todavía durante diez años separado de su esposa?

—Sí, para cumplir su promesa. Pero, transcurrido ese tiempo, será almirante, llegará a la Cámara de los Lores, quizá al ministerio, en fin, será uno de los primeros en el Estado. Me parece, señorita, que para llegar a tan hermosa situación se puede muy bien sufrir durante algunos años.

¡Ah!, pensé. Por estas malditas grandezas los hombres pisotean lo que hay de más sagrado. Dios mismo se ha complacido en dotar a esos dos seres: belleza, espíritu, riqueza, todo les ha sido concedido y el amor que sienten el uno por el otro debería asegurar una felicidad tan grande como es capaz de gozar nuestra naturaleza. La felicidad aspira a comunicarse.

En torno a ella, todo trasciende su dulce influencia y, dichosos, ambos seres habrían podido hacer gozar a sus semejantes. Pero el orgullo de un viejo imbécil destruye este porvenir de felicidad terrestre. Quiere que veinte años estén consagrados a la tristeza, al dolor y a los tormentos de todo género que hace nacer la separación. Cuando al fin estén reunidos la esposa habrá perdido su belleza y el hombre sus ilusiones. Su corazón estará sin amor y su espíritu sin frescura, pues veinte años de disgustos, de temores y de celos desfloran las almas más hermosas. ¡Pero será almirante! ¡Par del reino! ¡Ministro!, etc. Absurda vanidad.

No podría decir cuan amargas reflexiones me sugirió la historia del comandante de la "Challenger"... Encontraba en todas partes el sufrimiento moral. En todas partes veía resaltar los prejuicios impíos que ponen al hombre en pugna con la Providencia y me indignaba de la lentitud de los progresos de la razón humana. Pregunté a este guapo comandante si tenía hijos.

—Sí, me contestó, una hija tan hermosa como su madre y un hijo que según me dicen se me parece mucho. No lo conozco todavía. Tendrá cuatro años cuando yo lo vea, si Dios permite que lo vea...

Y el desgraciado contuvo un suspiro. Todavía era sensible porque era joven. Mas a los cincuenta años, probablemente se habrá vuelto tan duro como su suegro y exigirá tal vez de su hijo y de su hija sacrificios tan crueles como los que le han sido impuestos a él. Así se transmiten los prejuicios que depravan nuestra naturaleza y esta transmisión no se interrumpe sino cuando se presentan aquellos seres a quienes Dios ha dotado de una voluntad firme y de un valor enérgico que soportan el martirio antes que el yugo.

El 30 de abril a las once de la mañana salimos de la bahía de Islay. Y el 10 de mayo a las dos de la tarde anclamos en la rada del Callao. Este puerto no me pareció tener tanta actividad como en Valparaíso⁵. Los últimos acontecimientos políticos habían tenido funesta influencia sobre los negocios comerciales. Éstos iban muy mal y había menos navíos que de costumbre.

5 Basadre apunta: "A causa de la desidia de los gobiernos y los trastornos políticos, el Callao había ido perdiendo su significación en beneficio de Valparaíso, a pesar de la peligrosa rada de éste y del prejuicio por su vieja condición de bodega del Callao durante la Colonia.". Ver Jorge Basadre, *La iniciación...* op. cit., T. II, pp. 26-27. (N. del E.)

Desde el mar se distinguía a Lima situada sobre una colina en medio de los Andes gigantescos. La extensión de esta ciudad y los numerosos campanarios que la coronan le dan un aspecto grandioso y mágico.

Estuvimos en el Callao hasta las cuatro en espera del coche para Lima. Tuve mucho tiempo para examinar aquel pueblo. Así como Valparaíso e Islay, el Callao desde hacía diez años progresaba de tal manera que después de una ausencia de dos o tres años los capitanes apenas lo podían reconocer. Las casas más hermosas pertenecían a los negociantes ingleses y norteamericanos. Tenían allí depósitos considerables. La actividad de su comercio ha establecido un movimiento continuo entre el puerto y la ciudad, la cual se halla a dos leguas. Mr. Smith me condujo donde sus agentes. Encontré en esta casa inglesa ese lujo y confort particular a los ingleses. El servicio lo hacían criados de aquella nacionalidad que, al igual que sus amos, iban vestidos como si estuviesen en Inglaterra. La casa tenía una galería semejante a todas las casas de Lima. Esas galerías son muy cómodas en los países cálidos. Se va a ellas a respirar el aire a cubierto del sol, paseándose alrededor de la habitación. Lindas cortinas inglesas embellecían aquella en la cual me hallaba. Me quedé algún tiempo y pude observar con toda comodidad la larga y ancha calle que forma la ciudad del Callao. Era domingo. Los marinos, en vestidos de fiesta, se paseaban por la calle. Veía grupos de ingleses, de americanos, de franceses, de holandeses, de alemanes. En suma, una mezcla de casi todas las naciones y palabras de todas las lenguas llegaban hasta mis oídos. Al oír conversar a estos marinos comprendí el encanto que su vida aventurera debía tener para ellos y el entusiasmo que inspiraba al *verdadero marino* Leborgne. Cuando cansada del espectáculo de la calle eché una mirada al gran salón, cuyas ventanas rodeaban la galería, cinco o seis ingleses con sus hermosas caras tranquilas y frías, perfectamente bien puestos, estaban allí reunidos. Bebían su *grog* y fumaban excelentes cigarrillos de La Habana, balanceándose muellemente en hamacas de Guayaquil suspendidas del techo.

Por fin dieron las cuatro. Subimos al coche. El conductor era francés y todas las personas que encontré allí hablaban francés e inglés. Había dos alemanes, grandes amigos de Althaus y enseguida me encontré entre conocidos.

Desde mi salida de Burdeos era la primera vez que subía a un coche. Tuve tal gusto que me hizo sentirme feliz durante las dos horas que duró el trayecto. Me creía ya de regreso a la plena civilización.

El camino es malo al salir del Callao, pero después de haber recorrido una legua es más o menos bueno, muy ancho, plano y con poco polvo. A media legua del Callao, sobre el borde derecho de la ruta, yacen extensas ruinas de construcciones indígenas. La ciudad cuya existencia recuerdan había dejado de existir cuando los españoles conquistaron el país. Se podría saber, posiblemente por las tradiciones de los indios, lo que fue esa ciudad y la causa de su destrucción. Pero hasta ahora la historia de este pueblo no ha inspirado suficiente interés a sus amos como para consagrarse a aquellas investigaciones. Algo más lejos, a la izquierda, está la población de Bellavista donde hay un hospicio destinado a los marineros. A la mitad del camino nuestro conductor se detuvo en una taberna cuidada por un francés. Después de haberla pasado la ciudad se presentó a nuestras miradas con toda su magnificencia. La campiña cercana, verde, de mil tonos, ofrecía la riqueza de una vigorosa vegetación. Por todas partes grandes naranjos, platanos, palmeras y una multitud de árboles propios de esos climas despliegan su variado follaje. Y el viajero en éxtasis ve los sueños de su imaginación sobrepasados por la realidad.

A media legua de la ciudad el camino, bordeado por grandes árboles, forma una avenida cuyo efecto es en verdad majestuoso. A los lados se paseaba un buen número de peatones y muchos jóvenes a caballo pasaron también cerca del coche. Esta avenida era, según supe después, uno de los paseos de los limeños. Entre los paseantes había muchas mujeres con *saya*, este vestido me pareció tan extraño que cautivó mi atención. La ciudad estaba cercada y al extremo de la avenida llegamos a una de las puertas. Sus dos pilastras eran de ladrillo y el frontispicio que lucía los escudos de España había sido mutilado. Unos empleados visitaron el coche, como se practica a la entrada de París. Atravesamos luego una gran parte de la ciudad cuyas calles me parecieron espaciosas y las casas muy diferentes de las de Arequipa. Lima, tan grandiosa, vista de lejos, cuando se entra en ella no mantiene sus promesas, ni responde a la imagen que uno se había

forjado. Las fachadas de las casas son mezquinas, sus ventanas sin vidrios y las barras de hierro con que están enrejadas recuerdan las ideas de desconfianza y de opresión. Al mismo tiempo se entristece uno por el poco movimiento que hay en todas aquellas calles. El coche se detuvo delante de una casa de hermosa apariencia. Vi venir del fondo a una señora alta y gorda a quien reconocí enseguida, por el retrato que de ella me habían hecho los señores del “Mexicano”, como a Mme. Denuelle. Esta señora vino en persona a abrirme la portezuela, me ofreció su mano para bajar y me dijo con la expresión más afable:

—Señorita Tristán, la esperábamos aquí con impaciencia desde hacía mucho tiempo. Después de todo lo que los señores David y Chabrié nos han dicho de usted estamos muy felices al tenerla entre nosotros.

¿ES EL AZAR NUESTRA DEIDAD?

Sebastián Salazar Bondy

¿En qué casa de Lima la dorada
vivían los que la hicieron? ...

BERTOLT BRECHT

[Preguntas a un obrero que lee]

Así es, pues, desde los primeros años la élite limeña. ¿Cómo se conduce —es propio indagar en seguida— la masa popular? Lima fue consagrada capital —y Corte— por azar. El azar fue la loba que amamantó a sus fundadores. Los compañeros de Pizarro afincados en Jauja, uno de los más bellos y feraces valles de la Sierra Central, acusaron al clima de ser enemigo de la ganadería y la cría de aves, reprochándole también carencia de bosques madereros y excesiva lejanía del océano. El gobernador adelantado y capitán general atendió la demanda de sus rodrigones y decidió hacerlos avanzar, perpendicularmente a los Andes, hacia el mar hasta hallar una tierra llana en donde fuera posible establecer la cabeza de los nuevos reinos. La misión encomendada a Díaz Tello y Martín de encontrar un más amable asiento para la villa tuvo al poco tiempo éxito. El 18 de enero de 1535 fue fundada la Ciudad de los Reyes, cuya distribución ejecutó el propio Pizarro con ayuda de uno que, por casualidad, algo conocía de cosmografía: un rectángulo con 117 manzanas, cada cual dividida en cuatro solares, en el que se reservó un espacio libre para la plaza mayor —o Plaza de Armas—, en la que habrían de tener prolongada sede la casa de gobierno, el cabildo y la iglesia con la autoridad eclesiástica. En los solares, y de acuerdo a la jerarquía, se instalaron los venidos de Jauja, Pachacámac, Sangallán y Cusco. En total 69 vecinos, sin contar, por supuesto, a los indios encomendados ni a los del caserío que ahí ya había. El rey español dio tres coronas a la nueva ciudad, en cuyo escudo hasta hoy figuran.

Según dijeron primero los comisionados y reiteraron luego el acta fundadora, los cronistas y los viajeros, el valle del Rímac, hasta antes de la invasión temido oráculo previsor, era un vergel, sitio *claro, airoso y escombrado*, con buena tierra, harto regadío, atmósfera limpia, puerto marítimo y otras bondades, alguna de las cuales los limeños de hoy echamos de menos. Era la de la fundación época de estío, despejada, de sol fuerte a mediodía y brisa fresca al atardecer, y los oficiales y soldados del conquistador castellano andaban en el trance un tanto alucinados. El clima del presente, cuando la ciudad se ha centuplicado a partir del área inicial y han desaparecido los bosquecillos aledaños, cuando el humo de las fábricas precipita un *smog* que añade detritus al polvo que mancha el aire y a la neblina de los seis meses invernales, es como nunca ese ambiente que torna la vida:

... un dulce malestar de enero a enero
y un estarse muriendo todo el año.

(Juan de Arona)

Gripe, catarro, asma, amigdalitis y reumatismo, por decir lo menos —al cabo de los cuales la tisis pende como una espada en el extremo de un cabello— se conciertan, sin embargo, con la particularidad más desatinada del clima: su templanza. Sin rigores, sin lluvias ni truenos, sin inundaciones ni sequías, sin nieves ni calcinaciones, solo padece regularmente de la nubosa humedad y cada medio siglo aproximadamente de un catastrófico remezón sísmico. Ese aire *bien tempere*, mediocre, tristón y soledoso, condiciona una psicología peculiar. Como él somos los limeños: "... el pueblo es igual a la noche de Lima: suave. No se violenta" (Carlo Coccioli). Y la masa popular transcurre, debido a ello, sin grandes pasiones (o, en todo caso, ocultándolas o sublimándolas), vertida con sus dolores y frustráneas ambiciones en sí misma, con sus tibios odios y blandos amores que nunca detonan colectivamente, sino que se resuelven como locura, suicidio o venganza personal. Esta pasividad incluye aun a los animales, pues se ha dicho que hasta los perros son en nuestra ciudad "perezosísimos e indiferentes" (Hipólito Unanue).

No reina en Lima la abierta controversia sino el chisme maligno, no ocurren revoluciones sino opacos pronunciamientos, no permanece el incon-

formismo sino que el espíritu rebelde involuciona hasta el conservadurismo promedio. La juventud imaginativa, iconoclasta y desordenada termina por sentar la cabeza. Los racistas suelen atribuir esta plana uniformidad incolora al ingrediente indígena, pero da la casualidad que es el indio el que constituye el elemento dionisiaco de nuestra composición nacional. En tanto, el limeño sigue siendo quien acepta, con apenas una ironía en los labios o un chascarrillo contingente, los abusos de los poderosos, la impúdica corrupción de los políticos, la absolutista voluntad de la minoría voraz. Sin pisar la peligrosa cáscara de plátano del determinismo, cabe afirmar que el cielo sin matices, el aire adormecedor, la humedad ponzoñosa, la lisa visión de los cerros pelados y los arenales de entorno, que en invierno envuelve un tul de niebla que hace irreales a las cosas más rotundas “y mantiene las ruinas eternamente nuevas” (Herman Melville), se convierten en sedante o somnífero de vigilia y su carga vital. Una anécdota ilustra este hecho y la convicción que sobre él tenemos los limeños. Se cuenta que siendo alcalde de la ciudad el humorista Federico Elguera fue advertido de la inminente aparición de un brote de la fiebre amarilla que ya assolaba los países vecinos. Elguera respondió tranquilamente: “No hay que alarmarse; aquí la peste se atonta”, recurriendo para el caso a una palabrota mucho más expresiva que el eufemismo que aquí empleamos. Y así fue.

De 1535 a 1964 mucha es el agua que ha corrido bajo los puentes del Rímac con ser tan escaso el caudal de su corriente. Las 117 manzanas se han multiplicado y el casco urbano ha alcanzado las orillas del mar de Norte a Sur, cubriendo un “vasto hongo de cabeza cóncava” (Michel Berveiller), cuya coronación se extiende desde La Punta, en el Callao, hasta el Morro Solar, en Chorrillos, y cuya base parece ser el Cerro San Cristóbal. La *city* se ha erguido con pobres imitaciones de rascacielos, pero rumbo al Pacífico han surgido barrios populosos (La Victoria, Breña, Lince), y, más cerca del mar, barrios residenciales (San Isidro, Miraflores, Monterrico), todos de caótica arquitectura donde tudor y el neocolonial se codean con el contemporáneo calcado, salvo excepciones, de magazines norteamericanos. Clase media y burguesía grande se sitúan en estas dos clases de barrios fronterizos. La masa popular se hacina, en cambio, en tres especies

de horror: *el callejón*, largo pasadizo flanqueado de tugurios misérrimos; la *barriada*, urbanización clandestina y espontánea de chozas de estera que excepcionalmente deriva en casitas de adobe o ladrillos, y el *corralón*, conjunto de habitaciones rústicas en baldíos cercados. Son núcleos estos en los que se refugia más de medio millón de limeños.

Toda esta referencia a la estructura de la ciudad no tiene aquí propósitos meramente informativos. Pretende señalar que el pueblo, que ocupa las tres clases de no vivienda mencionadas y otras semejantes, y que en ellas, como un cinturón de barro, ajusta día a día el sitio de la capital peruana, sueña con acceder, construyéndola u obteniéndola como premio o donación, a una casita de las que ocupa la mesocracia baja.

Esta, como es natural, tiende a salir de la morada estrecha o el departamentito para habitar un domicilio adecentado de los que pueblan las familias de clase media alta. A su turno, esta acaricia la esperanza de llegar al barrio residencial trepando, en lo que a la pugna habitacional respecta, la gran pirámide desde el escalón del *chalecito* al de la más holgada casa, con jardín y todo, y del de esta última al de la casona o villa. Es decir, con más exactitud, al rellano de la mansión en la ciudad y la casa de verano, si es posible con playa propia y otras gollerías más. Es toda una marcha al Sur, pues la escala tiene esa dirección cardinal. La voluntad de vivienda mueve, como se aprecia, a la sociedad desde su fondo por una reacción en cadena enérgica aunque sin estrépito.

De esta misma manera, por otra parte, se concatenan más insomnios civiles: tener un auto cualquiera, tener un auto americano de un modelo de no menos de cinco años atrás, tener un auto nuevo (ese auto nuevo, no otro), tener dos autos, tener tres autos, *ad infinito*. También, con parecida secuencia, se da la tribulación educativa de los padres de familia: que los niños vayan a cualquier colegio particular de cierto prestigio, que vayan a un colegio de niños ricos, que vayan —*para que así se relacionen*, como se suele decir— al colegio donde van los hijos del millonario Fulano de Tal. La voluntad de vivienda, confort o educación se torna, en estos casos, en voluntad del ascenso social. Voluntad, pues, de desclasamiento. La aspiración general consiste en aproximarse lo más que sea posible a las grandes fami-

lias y participar, gracias a ello, de una relativa situación de privilegio. Este espíritu no exclusivo de la clase media. El pueblo entero, aun su masa más desdichada e indigente, obedece al mecanismo descrito. Y por una razón clara: cuanto más inestable es el *status*, más vehemente se desea alcanzar la estabilidad. Y por cualquier medio.

En esta lucha, como resulta lógico, prepondera el individualismo. Se le ha impuesto al pueblo, lo que es más grave, como principio rector para tener éxito en la difícil prueba del escalamiento social y económico, pues a los niños y adolescentes, desde el más pequeño de la última escuela fiscal gratuita, se les martilla, una y otra vez y en toda ocasión, que el “triumfo” depende únicamente del sumiso trabajo y del acatamiento de la organización de la sociedad tal cual es. La falacia es ilustrada porque se quiere destruir la tendencia a la unidad de clase y a la mancomunada querrela por la conquista de los derechos, con el caso de aquel humilde chofer de camión que llegó a ser propietario de una empresa, o con el de ese otro modesto empleado que alcanzó por propio esfuerzo la condición suprema de banquero, sucesos muy raros y aislados.

En tales infundios cree el pueblo limeño, que reverencia la pompa aristocrático-burguesa, que admira a quien conduce el volante de un *Cadillac*, que es espectador desde la acera de las bodas de Camacho oligárquicas, que atisba y limosnea en la puerta de los restaurantes donde los pollos a la brasa se doran en la barbacoa. “No me explico —dijo, a propósito de tales boquiabiertos, un amigo extranjero— por qué esa gente no irrumpe en el local, arranca el manjar de las parrillas y acuchilla a todo el que se le oponga. No sería, después de todo, sino un acto de estricta justicia...”.

Tampoco nos explicamos nosotros por qué no sucede esta explosión. Recordamos cómo los desgredados parisienses se lanzaron contra las Tullerías y su obeso inquilino, cómo los bolcheviques de Petrogrado coparon el Palacio de Invierno, cómo los campesinos mexicanos barrieron a sangre y fuego a Porfirio y el porfirismo, cómo los guajiros de Fidel Castro purificaron la prostibularia La Habana, aunque sabemos muy bien que el nuestro es un pueblo de hambrientos y discriminados, todavía no de revolucionarios. En el alma de la multitud, cuyos adelantados mendicantes pordiosean en

pleno Jirón de la Unión, está profundamente arraigada, diríamos que casi amalgamada con ella, la certeza de que súbitamente puede abrirse a uno cualquiera el camino de la fortuna. De ahí que los políticos de oficio no ofrezcan al pueblo su liberación colectiva dentro de una reestructuración socioeconómica, sino cosas gratis (para aliviar el problema de la vivienda se requerirían, según los técnicos, cinco presupuestos nacionales dedicados íntegramente a él), tierra gratis, alimento gratis. Parecen saber los muy zorros que la promesa de otorgamiento de cualquier bien en propiedad es lo que mueve el sufragio del ciudadano común. Las puertas de la riqueza se abren en la lotería, en el juego hípico, en el golpe de suerte, en una vasta trama de envite que comienza en el ridículo concurso que premia cupones con casa, automóviles, televisores o dinero en efectivo —todo con el fin comercial de acrecer la demanda de un producto industrial— y culmina en la succulenta suma del *pollón* de las carreras de caballos, tan succulenta que han sido creadas organizaciones altamente solventes de expertos que por la cantidad invertida en la apuesta concentran el mayor porcentaje de posibilidades de éxito. Para la masa limeña, así desviada de su legítimo destino, el socialismo constituye una amenaza, aun para el más pobre en su paupérrima propiedad: la choza de esteras en la barriada, por ejemplo, que siente suya y que cree que algún día poseerá con título legal. Este microscópico propietario masca pacientemente sus desgracias mientras atiza su ilusión. O las embriaga en la taberna, las lleva a la plaza pública manifestando por los candidatos de la reacción —que sirven a las grandes familias—, las sume en su abulia, las empolla para la hora en que, por influencia o albures, el gobernante de turno le entregue, a través de la caridad, la casita soñada y la colocación fija que son andaderas hacia más elevados estamentos sociales.

La maquinaria de la explotación, bien lubricada por el fraude de la Arcadia Colonial, fue comparada por el padre Joseph Lebret, economista católico, con la de Arabia Saudita.

Algo arábigo —y no las “gotitas moras” de que los colonialistas se jactan— sino de la Arabia drogada por los invasores europeos mediante las reyecías intermediarias, tiene Lima.

Pusilánime y desmemoriada, la población se coge de la superstición para alejar el peligro y atraer el buen agüero. Una vital desgana, qué médanos y nieblas enmarcan, priva en los actos de la humilde gente que acepta la fatalidad de su existencia. Por si fuera poco, la celebra en sus canciones, que lloran, se resignan, sueñan y buscan una brecha en el muro de las diferencias. Ante el panorama descrito, dan deseos de preguntarse seriamente ¿si Lima nació por azar, no será el azar su tutelar deidad?

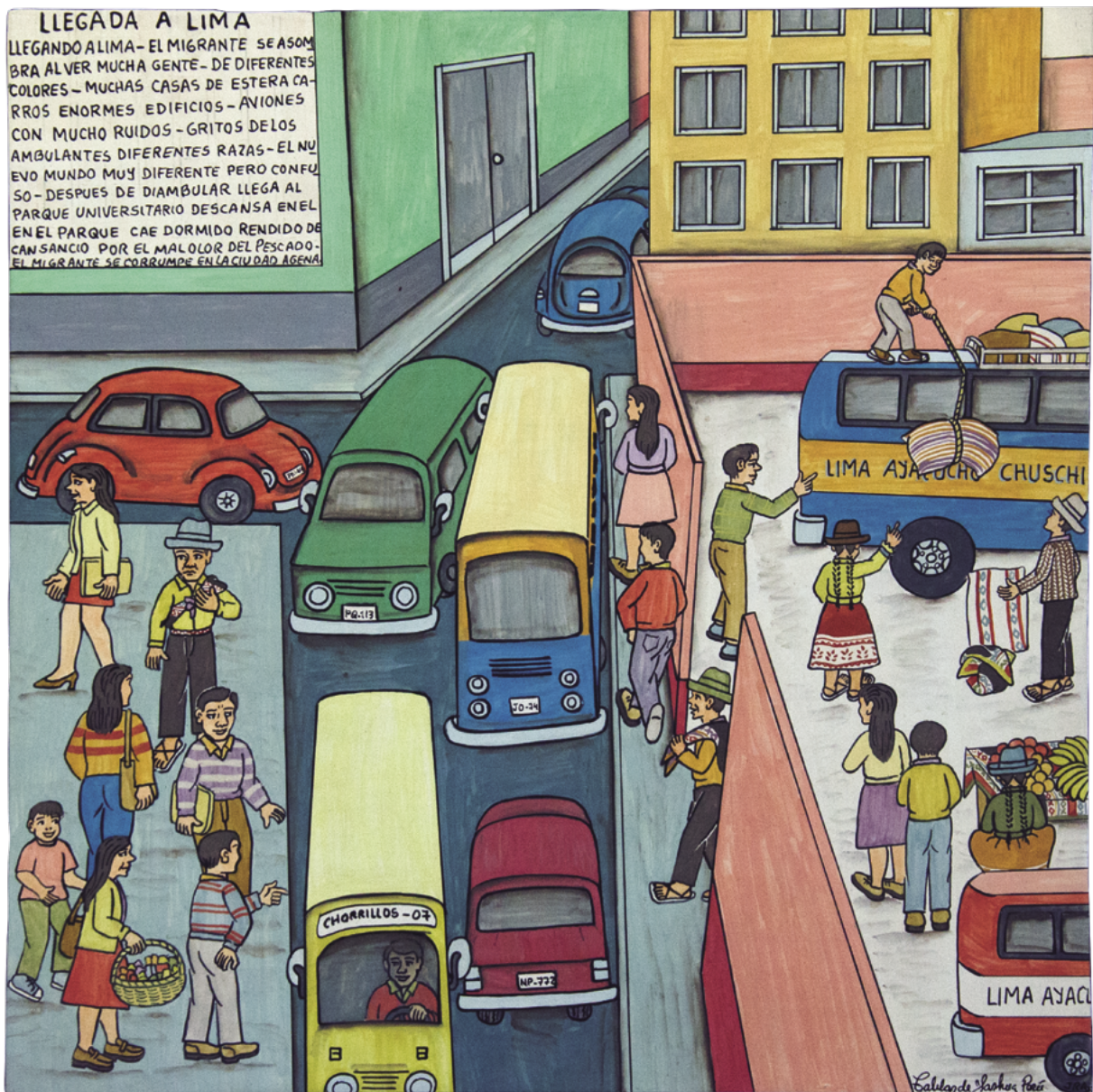
A ALFONSO BARRANTES LINGÁN

Luis Hernández Camarero

Hermanito: por la calle Colmena
corre el gentío
y la miseria de las grandes
urbes. Y la tristeza
de las grandes urbes
y tus ojos ven el fluir
del mundo
y tu corazón
lo apresa en sí
sin mentirte
por la Colmena fluye
el gentío
y alguien busca la paz
En esto es en
lo que hay
que soñar.

LLEGADA A LIMA

TABLA DE SARHUA. Primitivo Evanán





NUDO V

EL ALMA QUE SUFRIÓ DE SER SU CUERPO

César Vallejo

Tú sufres de una glándula endocrínica, se ve,
o, quizá,
sufres de mí, de mi sagacidad escueta, tácita.

Tú padeces del diáfano antropeide, allá, cerca,
donde está la tiniebla tenebrosa.

Tú das vuelta al sol, agarrándote el alma,
extendiendo tus juanes corporales
y ajustándote el cuello; eso se ve.

Tú sabes lo que te duele,
lo que te salta al anca,
lo que baja por ti con soga al suelo.

Tú, pobre hombre, vives; no lo niegues,
si mueres; no lo niegues,
si mueres de tu edad ¡ay! y de tu época.

Y, aunque llores, bebes,
y, aunque sangres, alimentas a tu híbrido colmillo,
a tu vela tristonada y a tus partes.

Tú sufres, tú padeces y tú vuelves a sufrir horriblemente,
desgraciado mono,
jovencito de Darwin,
alguacil que me atisbas, atrocísimo microbio.
Y tú lo sabes a tal punto,
que lo ignoras, soltándote a llorar.

Tú, luego, has nacido; eso
también se ve de lejos, infeliz y cállate,
y soportas la calle que te dió la suerte
y a tu ombligo interrogas: ¿dónde? ¿cómo?

Amigo mío, estás completamente,
hasta el pelo, en el año treinta y ocho,
nicolás o santiago, tal o cual,
estés contigo o con tu aborto o conmigo
y cautivo en tu enorme libertad,
arrastrado por tu hércules autónomo...

Pero si tú calculas en tus dedos hasta dos,
es peor; no lo niegues, hermanito.

¿Que nó? ¿Que sí, pero que nó?
¡Pobre mono!... ¡Dame la pata!... No. La mano, he dicho.

¡Salud! ¡Y sufre!

PAPEL

Jorge Eduardo Eielson

Escribo con los ojos
Con el corazón con la mano
Pido consejo a mis orejas
Y a mis labios
Cada verso que escribo
Es de carne y hueso.
Sólo mi pensamiento
Es de papel.

STRIP TEASE

Blanca Varela

quítate el sombrero

si lo tienes

quítate el pelo

que te abandona

quítate la piel

las tripas los ojos

y ponte un alma

si la encuentras

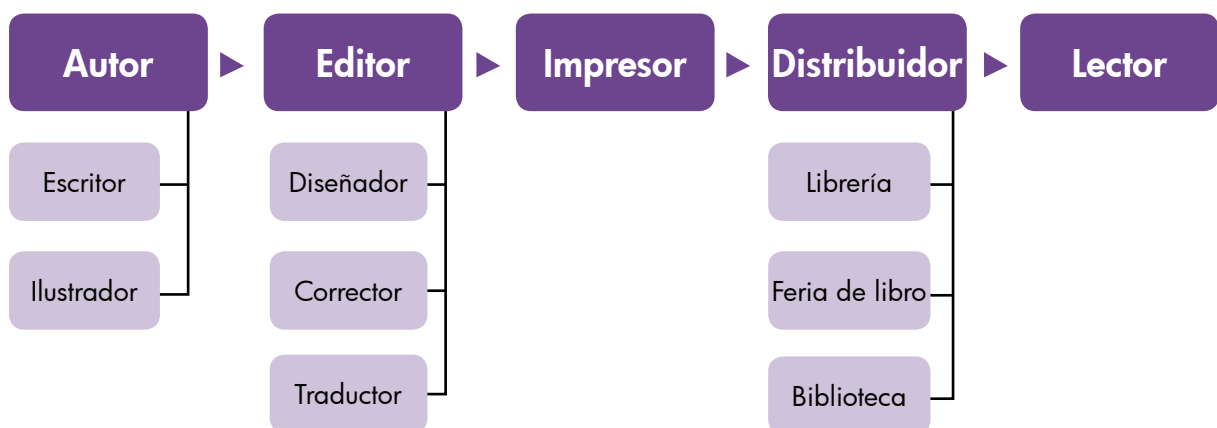


PASOS BÁSICO
PARA DESARROLLAR
PROYECTOS DE
APRENDIZAJE

LA CADENA DEL LIBRO

La cadena del libro

En la producción de un libro intervienen personas, empresas e instituciones que hacen parte de lo que se llama la cadena del libro:



Elaborado por la Casa de la Literatura Peruana

PARTES FÍSICAS DE UN LIBRO



Parte externa

- 1. TAPA O CUBIERTA (carátula)**, son las partes externas y más compactas del libro, puede ser blanda o dura. Está formada por una tapa frontal, donde se consigna la información básica del libro: título, autor, ilustrador y logo editorial, y una cubierta posterior llamada también contratapa.
- 2. LOMO**, canto de la encuadernación de un libro, la misma que es perpendicular e intersecta con el margen interno. Suele colocarse el título, autor y logo editorial.
- 3. SOLAPA**, es una extensión de la tapa o sobre cubierta que se dobla hacia adentro; la contratapa posee su respectiva contrasolapa.
- 4. CONTRAPORTADA**, corresponde a la página par o retira de la portada. Por lo general acoge a la página de créditos.
- 5. SOBRECUBIERTA**, es el forro que en ocasiones cubre a la tapa.

Parte interna

6. **GUARDAS**, hojas de papel que coloca dobladas por la mitad para unir el libro y la tapa. Es propio de los libros de tapa dura.
7. **HOJA DE RESPETO**, es la hoja en blanco (sin impresión) que se coloca al inicio del libro.
8. **ANTEPORTADA**, es hoja anterior a la portada donde se reitera el título del libro en caracteres menores que el de la portada.
9. **PORTADA**, es la página que recupera la información de la cubierta y suele ampliarla. En esta, es obligatorio incluir el logo de la editorial.
10. **PÁGINA DE CRÉDITOS**, es la página que contiene la información completa y formal del libro: título del libro, autor, Depósito Legal, ISBN, imprenta, edición y año de edición, información editorial, etc. Suele colocarse en la contraportada, pocas veces en la retira de la portadilla.
11. **PÁGINAS DE CONTENIDO**, prologo, introducción, capítulos, conclusiones, bibliografía, glosario, anexos e índice.
12. **COLOFÓN (pie de imprenta)**, es la información que da cuenta del tipo de papel empleado, las fuentes (tipo y tamaño de letras), tamaño del libro, de la imprenta, lugar y fecha. Se coloca en la última hoja (puede ser tira o retira).



No todas estas partes están presentes en todos los libros. Estas se modifican por cuestiones económicas en otras debido a las transformaciones e innovaciones del mundo editorial.

